LA MUGER ZELOSA.

COMEDIA

CINCO ACTOS EN PROSA:

TOMADA DEL FRANCES

DE MONSIEUR DESFORGES,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JULIAN DE VELASCO.

MADRID
A OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.
*hallará en las Librerías de Quiroga, calle
ıs Carretas y de la Concepcion Gerónima.*

ACTORES.

oña Anselma, *Señora Rita Luna.*

on Juan, su marido, *Señor Manuel Garcia Parra.*

ugenia, su hija, sumamente sencilla, *Señora Maria Pinto.*

lemencia, hija de Don Juan, de su primer matrimonio secreto, *Señora Teresa Masedas.*

on Guillelmo, tutor y padrino de Doña Anselma, y amigo de Don Juan, *Señor Antonio Pinto.*

on Narciso, sobrino de Don Guillelmo, *Señor Antonio Ponce.*

rvasio, criado antiguo de Don Juan, *Señor Francisco Baca.*

stina, su hija, criada de Eugenia, *Señora Joaquina Arteaga.*

JACINTO, criado de Don Juan, *SEÑOR Jos*
OROS.

UN CALESERO, *SR. JOSEF GARCIA UGALD*

ACTO PRIMERO.

*teatro representa un salon, en donde se ha-
, con otros muebles, una papelera con la lla-
puesta: hay tres puertas, una en el foro á la
rspectiva de un jardin, y dos laterales; una
rteneciente á la habitacion de Doña Anselma
la derecha, y la otra á la izquierda á la de
su marido Don Juan. La iluminacion
ha de figurar el rayar del dia.*

SCENA PRIMERA.

*Doña Anselma sola, sentada al lado
de la papelera.*

s. Muy tarde ha venido... ciertamente aquí hay algo... nuevos enredos... sin embargo duerme... ¡y yo, víctima del amor y del himenéo, lloro y gimo noche dia.

Se levanta.

Quien vea esta papelera abierta como está, presumirá ya descubierto el corazon de mi esposo. ¡Ah! que este mismo abandono aumenta mis desconfianzas, porque seguramente no es mas

que un falso testigo de su fingida inocencia, refinamiento, una extratagema mas... Mirémo

Abre la papelera, y saca los cajones.

Si mis esfuerzos, tantas veces vanos, consigu sen su fin: ¡mas qué digo! ¡desdichada de zelosa con tanta causa como dolor, en vano b cas los secretos de tu ingrato: porque los m dos delinqüentes son amantes discretos, gob nados por el mismo arte que trama nuestras c gracias, sin que sus tenebrosos delitos nos xen el menor vestigio para descubrirlos... C rémos, pues... ¿Mas qué es esto? ¡qué tu cion! ¡en vano me resisto contra mis desg cias!... Quiero verlo todo... ¡Cielos! ¡qué mir Al esfuerzo de mi mano se abre este secreto

Con reflexîon.

¡Otra pérfida invencion! No hay nada... continuémos... aquí hay... sí: no hay duda; caxa de oro, la qual esconde algun misterio tendrá su secreto como la papelera... ¡horr so secreto!... pronto le sabré...

Reconoce la caxa.

SCENA II.

Doña Anselma, Justina y Gervasio.

Conturbada.

Just. ¡Ay, señora! perdone vm.

Con enfado.

Ans. ¿Qué quieres?

Just. Acompañaba á mi padre, que ha venido á verme... voy...

Ans. No te vayas... y cuidado con que otra vez venga nadie á ver lo que yo hago, ni á entrar sin que yo llame.

Con el mismo tono.

Si me vienen á buscar, se dice que no recibo á nadie.

Se entra en su habitacion.

SCENA III.

Gervasio y Justina.

Just. Ya lo vé vm.: la señora sospecha que yo la observo, quando ella está continuamente de dia y de noche mirándolo y observándolo to-

do: al fin creo que saldré de casa.

Gerv. ¿Cómo es eso?

Just. Solo á vm. descubriré mi pecho... pues pa vm., que hasta mí alcanzan ya sus sos chas. Hace tres meses que vine del Conve con la señorita, y desde entónces... ¡cada p es un peligro! malas razones, insultos, y mal trato contínuo, de modo, que ya me biera despedido, á no ser por el amor que te á mi querida Eugenia, y por las bondades debo á su honrado padre.

Gerv. No aguantes ninguna afrenta; vente bien conmigo.

SCENA IV.

Los dichos y Jacinto.

Con familiaridad á Justina.

Jac. Buen encuentro... Buenos dias, hermosa J tina.

Just. ¡Qué encuentro!

Tocando el hombro de Gervasio.

Jac. Tu padre...

Gerv. ¿Vienes de mi casa?

c. Sí.

rv. ¿A qué?

c. Ya se lo dirá á vm. el señor Don Juan. Ayer vino á casa muy tarde, y dixo: irás á casa de Don Guillelmo... ¿El severo tutor? dixe yo... Bueno! voy al instante... No: mañana me repitió; y de allí á casa de Gervasio, porque quiero verlos muy temprano... Bien: no viven léjos uno de otro, dixe yo: echo á correr á casa del amigo, despues he pasado á la de vm.: no habia nadie, y era de presumir, pues estaba vm. aquí.

A Justina.

rv. ¿No adivinas lo que me me quiere tu amo?

t. No por cierto.

. ¡Tú te burlas! pues si quisieras, bien podrias adivinarlo: pero yo como soy bruxo, adivino que quiere casarte.

t. ¿Con quién?

Sonriéndose.

. Adivínalo tú primero.

Sonriéndose.

t. Yo no soy bruxa.

. Pues ya lo acabas de decir, y no te engañas.

v. ¿Cómo es eso?

Jac. Escucha... He imaginado que viendo tı muchacho alegre y festivo, jóven, bien pla do, franco, leal, en fin, un buen muchac ¿no dirías para tí... vé aquí el que yo nec para marido? Pues yo he dicho para mí; muchacho soy yo... tú no puedes decir á v le amo, deseo casarme con él... y por c guiente se lo he dicho al señor Don Juan... con muy buen semblante me dice: ¿la a sí, señor... ¿y ella te ama? sí, señor... ¿N hecho bien, Justina amada?... ¿Y Gerv me preguntó Don Juan... ¡Quién! dixe yo padre? estoy muy seguro de él... Pues que ga mañana... mañana es hoy... Pero chito, aquí viene...

Hablando con Gervasio.

Verá vm. cómo va á explicarse de manera ántes de poco tiempo tendrá vm. este yern

SCENA V.

dichos y Don Juan: éste pensativo con una carta en la mano.

Sin verlos.

an. Esta carta... despedaza mi corazon... ¡Cie-
os! cómo es posible que despues de diez y
cho años... *Los mira.*
Te estaba esperando, Gervasio.
. Ya se puede presumir para qué.
rv. Señor, ¿qué manda vm.?
A Don Juan, señalando á Justina.
. Ya sabe vm., que le he confesado...
an. Bueno es eso.
. Bien puede vm. hablar, que todos estamos
onformes.
an. Ya lo pensaré.
. ¿En sus asuntos? Es muy bien hecho.
an. ¿Jacinto?
. Señor.
an. ¿Y Don Guillelmo?
. ¡Vaya, vaya! ¿pues qué soy yo algun necio?
an. Acaba.

Con ayre familiar.

Jac. Ahora vendrá con su sobrino.

Juan. ¡Su sobrino! ¿y para qué?

Lo mismo.

Jac. Pero señor, ¿y mi boda?

Juan. Jacinto: lo que á tí te toca, es obed lo que te se mande; pues si obras por tí, h mil desatinos.

Con confianza.

Jac. ¿Quién, yo? no, señor.

Juan. Bueno... vé pronto á la puerta de Tol y luego que llegue un coche de Ciudad I vuelve corriendo á decírmelo, advirtiendo no pase adelante.

Jac. Voy al punto. *Se va, y vuelve.*

A Don Juan.

Jacinto se encomienda á la bondad de vm.

A Justina.

Por Dios, Justina, que á tí te importa mas á nadie. *Vase.*

Juan. Este Jacinto es muy singular: en to mete; tiene mil llanezas; mas tambien tiene é inteligencia, y es menester perdonarle defecto.

A Justina.

ıstina: ¿vendrá mi hija aquí hoy por la ma-
ına?

. Ya sabe vm. que su primera obligacion, y
mayor gusto es...

Aparte.

arece que estorbo; dexémoslos solos.
eñor, voy por ella al punto...

SCENA VI.

Don Juan y Gervasio.

En voz baxa.

n. Ahora bien, amigo Gervasio, necesito que
e prestes tu casa.

v. Ya sabe vm. que es suya.

n. No, amigo, que es tuya, y quiero que
espues de tí, la disfrute tu hija en dote.

v. ¡Ay señor! ¿quiere vm. que aun le deba
as, despues de tantos beneficios como me ha
echo?

n. ¡Ay Gervasio mio! Mal te pago, pues mas
debo todavía. En tu seno pasé mi niñez; aho-
eres anciano, y es muy justo que llegue la

mia, y recompense tus solícitos cuidados.

Con viveza y en voz baxa.

En una palabra, Gervasio... yo espero de C
dad Real una niña, que tiemblo se sepa en M
drid quién es. No puedo admitirla en mi casa
mucho riesgo; y á nadie puedo fiarla como
¡No hay con que comparar el interés que
ello tengo! contempla que es inseparable de
memoria, y sobre todo digna de la mayor a
cion.

Gerv. Viniendo por medio de vm., nada pu
serme sospechoso; obedeceré ciegamente: ¿
debo yo irla á buscar?

Juan No: eso corre de mi cuenta.

En ademan de irse.

Gerv. Muy bien; pues espero.

Juan. Oye... Quisiera adornar tu habitacion
sencillez y limpieza. Se ofrecerán algunos ga

Le da un bolsillo.

Creo que hoy llegará; despacha, arregla tu
bitacion lo mejor que puedas.

Vase Gervasio.

SCENA VII.

Don Juan un momento solo, y despues Eugenia y Justina.

n. ¿Si habrá llegado el fatal momento? ¿Pero mo he podido yo privarme del mas dulce plar por diez y ocho años enteros? Un solo dia... eciso es que yo me sacrifique: aunque no me jerá de nuevo.

Sale Eugenia y Justina.

e aquí lo que me consuela. Mi único alivio, el lsamo que sana mis heridas; ven á tu padre, n, hija querida.

. No voy, que corro: abrace vm., padre mio, su pobre Eugenia, tan llena de pesadumbres...

n. Quién, ¿tú? ¿hija mia?

. Sí, señor, yo... y á nadie puedo confiarme no á vm., porque es vm. tan bueno, tan inılgente, tan humano. Miéntras que si oigo á ıstina, ó á mi madre, todo es decirme, el amor una quimera, un error funesto: el corazon de: en tu edad ignorar su imperio. Pero, ¿quién ɜne mas edad, mi corazon, ó yo? mas sea yo,

ó sea mi corazon, lo que sé muy bien es que
toy apasionada.

Con admiracion.

Juan. ¿De quién?

Eug. De Don Narciso, padre mio; de aquel
iba con freqüencia en compañía de vm. y l
su tio, á verme al convento.

Juan. ¿Son esas tus pesadumbres?

Con afecto natural y sencillo.

Eug. No, señor, sino la oposicion de Justin
quien con todo eso perdono de corazon. En
palabra, hace un año que quiero á Don N
so... pues bien, ¿lo creerá vm.? hasta ayer n
lo he confesado.

Juan. ¿A él?

Eug. ¿Pues á quién? Si alguno debia saber este
creto primero que nadie, me parece que no
día ser otro: ¿no digo bien?

Just. Muy mal hecho.

Eug. Eso ya me lo has dicho, y por mi am
nada te he respondido; ¿pero querías que
fuerza faltase á la verdad, y fuese tan cruel
tuvieses alguna buena nueva en tu interior,
duro sería tu corazon, que la callarías á
ella pudiera hacer dichoso? Pues bien, lo n

s: él dice que mi ternura es el único tesoro que
e interesa en este mundo: feliz, ó desgraciada,
u suerte depende de mí: mi corazon no es malo.
El me dice sencillamente: ¿me amas?... te amo:
pues bien; estas dos solas palabras lo han puesto
fuera de sí; y quando yo he visto en sus mira-
as tan amoroso fuego, me parece he sido cul-
able en no haber hablado ántes.

n. Vaya... Haces bien en amar al que será tu
sposo.

. Pues bien... No riñas mas, mi Justinita; ¿no?
o amo; y miro mi pasion, como una dicha que
no tienes; pero que la tendrás si es tu volun-
d: mira, Justina, creeme, el amor... es mu-
o... vamos...

n. ¡Qué sentimientos tan naturales! Esa inge-
uidad es la mejor prueba de un alma pura.

A Justina señalando á Eugenia.

Qué no debo esperar de ella, conservando siem-
e su apreciable candor?

. ¡Ay padre mio! permita vm. en sus brazos á
mas tierna y buena hija; y abrace vm. tam-
en á Justina.

Abraza á su hija.

n. Con mucho gusto, hija adorada.

Pone la mano sobre el hombro de Justina y la dice.

No temas que sean peligrosos los afectos de Eugenia; pero con nada te pagaré yo el esp cuidado que te debe...

SCENA VIII.

Los dichos y Doña Anselma.

Cogiéndolos en el acto dicho.

Ans. ¡Cielos! ¡qué infamia!...

Juan. ¡Gran Dios!

Just. Soy perdida.

Ans. ¿Parece que nadie hace alto?...

Just. Señora...

A Justina.

Ans. Sal de aquí.

Juan. Mira, escucha.

Ans. Nada escucho.

Eug. Madre de mi corazon, mire vm...

Ans. Calla... Bien esperaba yo esta injuria... no es de hoy solo...

Juan. Esposa, sosiégate.

Con desden y enojo.

ıs. ¡Qué prudencia! ¡qué tono tan manso! ¡qué ıyre tan modesto! ¡qué ojos tan humildes!

Levantando la voz.

Ah! ¡falsos exteriores, máscaras de hipocresía y le impostura!

st. Señora, permita vm...

an. ¡Qué zelos tan horrorosos, buen Dios!

El mismo tono mirando á Justina.

s. Yo buscaba una red... y la tenía en casa.

st. Despídame vm., señora, y no ofenda mi hoor.

s. Tu audacia á nadie insulta mas que á mí. ¡Reírate monstruo!

SCENA IX.

Los dichos y Don Gillelmo.

ill. ¡Qué! ¿qué tumulto es éste?

n. Que ha de ser... Si tú no nos lo dices, no sabémos.

ll. ¡Qué diablo! ¿nunca ha de haber paz en ıta casa?... Que me confundan si á ella vuelvo as.

. ¡Oxalá!

Con naturalidad.

Eug. Se maltrata á Justina, porque padre y y[o]
queremos mucho.

Ans. ¡Quántos dias hace que yo debia hab[er]
puesto en la calle!

Just. Bien pudiera vm. haberme ahorrado esta [sos]
pecha, señora;

Llorando.

y respetar mi honor, como yo respeto el su[yo.]
A Dios, señora...

Deteniendo á Justina.

Juan. No, no, no te irás de casa.

Ans. Si en eso crees, malvado, perder tan bell[a]
haja, yo soy la que me iré.

Guill. A fé mia que en su lugar yo dixera,
mucho gusto... vete.

Ans. ¿Y sois su amigo, Don Guillelmo?...

Con viveza.

Yo diría á mi esposo, que en su vida tuvo
migo mas atroz.

Guill. Sí, tienes razon; convengo en ello: f
enemigo quando fuí autor de tu boda. Yo e
tutor, conocí lo que te amaba, y creí ha
dichoso contigo. Os miré como á hijos. Es[p]

a de ambos otra correspondencia á mis desve-
os: me engañé: ¡cómo ha de ser! pero él es hom-
re, y espero que harto de tanto sufrimiento, te
ará conocer su poder y sus derechos.

. ¡Su poder y sus derechos! ¡horroroso despo-
smo! ¿Tendrá el espantoso poder y el derecho
orrendo de abrigar á mi vista, y en el seno de
i casa un escándalo como éste?

n. Escucha, esposa... ¿Has perdido el juicio?

No lo perdería, si tú lo tuvieses. Pronto: una
otra salimos hoy de casa...

Señalando á Justina.

coge.

. ¡Señora! ¿Despues de tanta afrenta, cree
. que tardaré yo mucho? Me voy llena de
adecimiento á esta casa; pero con mi precio-
inocencia.

En buen hora... pero cuidado con que tu
iosa presencia vuelva á ofender mas aquí mi
azon ni mis ojos.

y vuelve de pronto, y le dice á Don Juan en voz baxa.

davía me falta descubrir otro negro secreto...
embla.... Dentro de una hora te lo diré....
Dios, traidor. *Vase.*

SCENA X.

Los mismos.

Guill. Ea, alentado amigo: ya te he indicado obligacion... Con que va á salir Justina... ¿he

Eug. No por Dios, no habrá valor...

Just. ¿Lo tendré yo para aguantar tanto ultr No habrá muger á quien jamas se haya tra con mas ignominia.

Juan. Justina, verdad es que mi esposa...

Guill. Sí, verdad es que tu esposa es un lu una cabeza de hierro, un corazon impio... bre esposo! No seas gurrumino; déxate y sandeces: sé hombre: ¡pero qué! Si como u ño tímido te pones á pedir perdon de lo qu haces, y á decir... quiero la paz... ¡Votová! la guerra una vez, y la paz vendrá: sí: l vendrá desde hoy mismo... Un marido q quiere, es amo de su casa.

Just. A Dios, mi bien hechor, á Dios mi Eu no me despidan vms. de sus corazones.

Juan. Ni tampoco de mi casa... Ven: segu tás, estoy resuelto...

Guill. ¡Bueno! Me gusta esa firmeza; pero

pas sostener es necesario.

t. No por cierto: no quiero encender mas in-
erno. Mi virtud no está en la sinrazon de mi
na; pero su tranquilidad depende de que yo
e vaya... A Dios, señor.

Llorando.

. No te vas, no.

Llorando.

. Es preciso, mi querida Eugenia.

Con viveza.

Pues bien, espera; que yo quiero llevarte á
padre, y todos los dias iré á verte, si el mio
permite.

n. No solo te lo permito, sino que te lo mando.

Vanse las dos.

SCENA XI.

Don Juan y Don Guillelmo.

n. ¡Qué hija tan amable! ¡qué encanto!

l. Mas feliz será su esposo que su padre.

n. Mucho me alegraré.

l. Pero hombre, ¿cómo sufres estos furores?

n. Mira, amigo: mi muger es muy virtuosa:
n todos sus defectos la estimo, la amo: ¡ah! la

adoro, aunque sea conmigo mas injusta y m zelosa: su mal viene de que me ama; y de bu na fé, yo no puedo castigarla; y mas bien : echo á mí la culpa.

Guill. ¿Te parece bueno un amor con tanto e ceso?

Juan. ¿Qué malo ha de ser el amor que uno m mo aníma? Pero ella tiene talento, y con tiempo podrá la razon destruir el aspid de zelos; además de que convencida con mi bu conducta y exemplo, sabrá dar verdadera e macion á quien tanto la ama.

Guill. ¡Ah! que esa esperanza, pobre Don J es la que fomenta la tiranía de tu esposa (y seis años hace. ¿No te cansas de tan vil clavitud? ¡Siempre solo, encerrado, vivie como un salvage! ¡renunciando un privilegio clusivo del hombre, en que cifra su dignid ¿No eres digno de lástima? por lo ménos t debilidad, es una cosa vergonzosa que pro la risa de todos. Siempre con ella al lado, y hay ninguno que os observe, que no mo que hasta en tus miradas exerce ella su tirá poder. Si encuentras qualquier muger, qu mire por acaso, ¡á Dios! ya sus ojos pare

basiliscos, y anuncian la borrasca que te prepara: y despues para alimentar la rabia del tigre que despedaza tu corazon recto y leal, te condenas callando... La necia te quita el descanso, la dicha; te quita tambien el estimable sello del honor, la preciosa franqueza... en una palabra, amigo, todos abominan de tu muger, huyen de tí... y yo soy el único amigo que te queda.

m. Si lo eres, sé conmigo mas generoso: no me hagas sentir mas mi desgracia, sobre todo en este dia de tribulacion, en que mi alma está tan oprimida.

ill. ¿Hay mas todavía?

m. Sí, amigo; yo me echo en tus brazos; tú solo puedes sacarme del lance mas terrible.

Abrazándole con dolor.

ill. Pronto me tienes: ¿qué hay?

m. Lee primero esa carta.

Lee.

ill. Ciudad Real. "Muy señor mio: La huerfanita que tanto interesa á vm. desde que nació, acaba de perder la persona á quien habia vm. fiado su educacion. Encargado por mi ministerio de recoger las últimas disposiciones de

»los que fallecen, la moribunda me ha entreg
»do una carta en que vm. la dice que le envic
»Clemencia, quando se pusiera peor de su e
»fermedad. En conseqüencia he aconsejado á
»huérfana, que vaya á buscar á su protector
»Madrid. Llegará pasado mañana: no tenga v
»cuidado, pues va con un hombre de bien
Firmada: Don Patricio, Notario público.

Representa.

¿Qué enigma es éste?

Juan. Amigo; ¿me ofreces guardar secreto?

Guill. A esa pregunta jamas respondo.

Juan. Perdona.

Guill. Prosigue.

Juan. Sabrás que ántes de mi actual matrimon yo amaba una adorable jóven contra el gu de los mios. Su ternura me obligó á casarme c ella de secreto: de este dulce lazo nació u niña... ¡Mas qué digo!... al nacer perdió á madre. *Se enternece.*

Esta niña, Clemencia, mi hija, que por ten y otros justos motivos la he tenido ausente d y ocho años, privándome de su amable vista, la que hoy espero.

Guill. ¡Y bien!

n. No puedo, sin peligro de ambos, irla á
ıscar yo mismo.

ll. ¡Y bien!

n. Todo me extremece; y mas si la pobre Cle-
ıencia se viene á casa.

ll. ¡Y bien!

Con impaciencia.

n. ¡Y bien! ¡y bien! ¿Me quieres servir, ó no?

ll. ¿Querrás que te sirva engañando á tu zelo-
ı muger, y adulando un vicio, que tan justa-
ıente han aumentado diez y seis años de pa-
encia; vicio que no hubiera ella tenido, si tú
ıbieras seguido mis consejos? ¿Quieres lograr
ı paz que no hallas? Creeme: vamos á buscar
tu hija, traigámosla aquí, y dí con entereza:
.a que léjos de mí ha vivido desterrada injusta-
ıente, vuelve á su padre para siempre: es mi
ija.

n. ¡Cielos! ¡qué tempestad habria! ¿Y es esa
ı paz que quieres? Tu pupila jamas hubiera si-
o mi esposa, si por temer sus zelos, no hu-
iera jurado ocultarla siempre la historia y el
ruto de mis primeros amores.

ill. ¡Pues! ella hubiera querido que desde que
ı naciste la amases ántes de qué la vieses, y

aun ántes de que ella misma naciese: ¿no es e

Juan. No me aburras: pero lo cierto es que p vencer sus rigores, era preciso que creyese l ber sido la primera que poseyó mi corazon. amor y la razon me mandaban callar. Y si podido aguantar diez y seis años, con la es ranza de un sosiego que busco, ¿iré ahora en abrir y cerrar de ojos á alejarlo para siemp Además; ¿quál hubiera sido en mi casa la sue de esta infeliz? Todos los dias estaríamos ella yo oprimidos de reprehensiones, de injurias, afrentas... bien lo habia predicho su desgraci madre. ¡Ah Juan! (me dixo al espirar) " »rame, que si vuelves á casarte, ignore tu »posa el fruto de nuestro justo amor: no le l »gas víctima inocente de una madrastra." Así lo juré, y sin delito no puedo ser perjuro, ménos que uno de esos golpes que no pued precaverse, hagan que la necesidad me oblig Por otra parte, que venga Clemencia; y ap temos á que al instante se la destierra de cas

Guill. ¡Pues!

Juan. Yo la doy asilo en la de Gervasio... y ox estuviera en un lugar mas oculto, para asegú mas el gusto de verla.

ll. ¿Y despues qué harás de ella?

n. Me esmeraré en proporcionarla un esposo
gno. ¿No pienso con prudencia, amigo?

ll. Sí: conforme al juramento que hiciste, y
bre todo al predominio de tu actual esposa,
preciso que quites á tu hija de tu vista. ¿Có-
o dices qué se llama?

n. Clemencia.

ll. ¿Es bonita?

n. Con un solo rasgo que tenga de su ma-
e, ha de ser preciosa.

á la papelera, encuentra el secreto abierto, y no halla la caxa.

quí tengo el retrato de aquella amable madre,
una caxa de oro. ¡Ay cielos! ¡mi papelera!
a caxa ha volado!... Este era el misterio.

ll. Veamos la caxa.

n. No la encuentro... ¿Si la habré puesto en
ra parte? Pero dexémos esto: el tiempo es-
echa; Clemencia va á preguntar las señas de
i casa. Dí tú que eres yo, si quieres: y lléva-
á la de Gervasio: aquí espero.

ll. ¡Pobre marido!...

Encogiéndose de hombros.

amos allá. *Vase.*

Juan. Ella ha abierto mi papelera, sin duda. fortuna es que nadie mas que yo sabe el sec to de la caxa; y el fatal retrato, hace años no tiene original... Don Guillelmo tiene raz Si yo quiero acabar tan largos tormentos, menester firmeza... Pues duro: dexémos esta que siempre busqué, y que no encontré nu sí, sí, ménos debilidad... Pero pensémos todas cosas en mi pobre Clemencia.

Con ternura.

Si en su triste retiro no he podido verla ¿quánto mas debo yo preservar aquí á esta ciosa joya de los funestos zelos? ¡Desgraci esposo! ¡qué sea yo, Dios mio, á lo ménos liz padre! Don Guillelmo y Jacinto van á sarme al instante, y es preciso estar pron la menor seña.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

SCENA PRIMERA.

Eugenia y Don Narciso.

r. Por desgracia no está en casa Gervasio; y o hubiera querido verle, y deçirle por qué sa- su hija de aquí.

rc. Ella se lo dirá.

. Es una pesadumbre para este buen hombre: en parte yo tengo la culpa.... ¿Pero quién ıerrá creer, que por un nada se ofenda así i madre? ¡No, señor!... mas vale tomar una solucion.

c. ¿La puedo yo saber?

. Sí; la de no casarme nunca.

c. ¡Cielos!

. Mira, amigo, que mi madre se enagena de anera, que me hace temblar: ¿pero de qué cen sus furores?

c. ¡Ay! de que ama; de que es zelosa.

¿Y si yo fuese lo mismo? á la verdad que la

suerte de mi padre es bien digna de lástima tal vez...

Narc. ¿Cómo es eso?

Eug. Piénsalo bien... al fin soy su hija: ¡y qu sabe! He oído que los zelos suelen heredarse como yo te quiero tanto, sentiría atorment

Narc. Harías muy mal en atormentarme.

Eug. Sin duda... y mi madre merecería que esposo la aborreciera. ¡Jesus! Tres meses h que vine del convento, y no he visto en él que ternura y amor; sin embargo...

Narc. Tambien tu madre es infeliz.

Eug. Mas en abono de lo que digo... Es n peligroso casarse siendo zelosa; pues tanto dece una como el esposo. Hagamos una c amigo mio... sí: tomémos una resolucion p dente: estimémonos siempre; pero...

Narc. Sin casarnos: ¿no es eso? ¿Crees, bella genia, que nuestros corazones no echarían nos?...

Eug. ¿Pues qué echarían ménos?

Narc. Una dicha aun mas preciosa.

Con viveza y con naturalidad.

Eug. ¿Qué dicha es esa que yo ignoro, y qu conoces?

rc. Ambos la tendríamos, si yo fuera tu esposo: esa dicha, cuya sola esperanza me inflama, es la de no tener ambos mas que una alma y un corazon; la de hacer comunes nuestros gustos y pesares; de ser uno el apoyo y el consuelo del otro; la de confundir mi exîstencia con la tuya in poder separarnos nunca.

Sale Don Juan al paño.

Sin ver á su padre, y muy conmovida.

g. ¡Ay Dios! ¿con que esa dicha es tan grande? ¿Y dónde está esa dicha?

rc. En el matrimonio: lazo solemne y tierno, ue haría mas dichosos en el mundo de los que ace, si ellos supieran lo que se hacen...

g. En este lazo tan solemne, tan dulce, tan eno de delicias, es muy comun que no sepan que se hacen: aquí por exemplo...

c. Aquí... ¡Bella Eugenia!

Aparte.

o sé qué decirla.

. Sí por cierto, aquí.

c. Poco hace que la paz está de aquí desterda... pero en fin, eso no durará siempre.

SCENA II.

Los dichos y Don Juan.

A Don Narciso.

Juan. Tienes razon.

Narc. ¡Ah señor! venga vm. en mi socorro: toy para perder la que amo.

Juan. ¿Y quién te la hace perder?

Narc. Eugenia, señor; la misma.

Juan. ¿Cómo es eso?

Eug. Es, que yo tengo miedo de ser zelos de hacerle algun dia tan desgraciado como

Aparte.

Juan. ¡O peligroso exemplo!

En voz alta.

¿Y quién te ha dicho, hija querida, que yo desgraciado?

Eug. Padre mio, yo tengo ojos, y desde meses que estoy aquí, no sé si diga que ménos mi convento: y si no, esta mañana Justina...

Juan. Tu edad, hija mia, no tiene todavía e cernimiento necesario para decidir de esa

nera... ¿Crees mi suerte rigurosa por tres meses de experiencia? Pero si diez y seis años fuí feliz; si esta dicha la debo á tu amable madre; si la debo tambien la de ser tu tierno padre: mete la mano en tu pecho, consulta tu razon, y dime de buena fé, ¿si puedo yo comparar diez y seis años de serenidad, con un dia de borrasca? Tal vez en este instante tengo necesidad de aliento, para sacarla de una equivocacion que perturba su tranquilidad; pero á pesar de sus sospechas, ella, y no yo, es digna de lástima. Así, da tu mano á Narciso, y no alargues la dicha de ambos, por el temor de un porvenir dudoso. Si tú ves algun mal, évitelo tu razon: un mal exemplo jamas debe imitarse; pero sea qual fuere tu suerte, uno de los bienes mayores es unirse al esposo amado.

Muy acalorado abrazando á Don Juan.

rc. No contento con ser el mejor de los esposos, es vm. tambien el mejor de los padres.

A Eugenia.

El matrimonio me promete felicidades; preciso e de ser dichoso baxo su suave yugo: sin embargo, hermosa Eugenia, acumula sobre mí todos los males que puede hacer una muger zelo-

sa... Sí; hazme morir; pero logre yo tu mano

Eug. ¿Lo quieren vms. así? Pues yo sin men un no sé qué, me dice aquí dentro, que yo t bien quiero: mas escucha... Si la pobre Eug da en la manía de ser zelosa, y te hace abo cible ese apreciable nombre de esposo, á lo nos no me eches la culpa: acúsate á tí mism

Narc. Jamas será peligrosa nuestra union: ¿ podré lisonjearme de labrar tu felicidad, merecer un corazon tan sensible y puro?...

Juan. Sí, Narciso: tú lo mereces, y tú la feliz, mas que yo á la mia.

Con asombro.

Narc. ¿Pues cómo?

Juan. Amigo mio, ya sabes su manía, y temo cho... pero, chito.

Doña Anselma llega preocupada con la que trae en la mano. Don Juan se retira co genia, y Don Narciso al fondo del teatro; acerca poco á poco á su muger, despues d ber hecho seña á Eugenia y á Don Narci que no se acerquen sino con oportunidad.

SCENA III.

Los dichos aparte, y Doña Anselma sale.

s. Esta caxa esconde un retrato, dicen todos los plateros; pero ninguno sabe abrir el secreto. Mil veces la hubiera hecho pedazos en mi impaciencia... Pero el retrato...

Con cachaza.

an. Muger; ¿no ves que los plateros no tienen mi ciencia?

Sorprehendida.

s. ¡Ay cielos!

an. ¿Y que yo solo te la puedo enseñar?

s. ¿Quién? ¡tú!

Aparte.

an. Vaya: no parece que está furiosa... Lo cierto es que no pudo callar, y que debo decirte has hecho muy mal de abrir mi papelera, dando lugar á que se sospeche de la fidelidad de un criado.

s. Pronto hubiera yo quitado la sospecha: pero si temes que acaso se descubran arcanos importantes, impide tú mismo que se abra.

m. Yo creí, con algun fundamento, que de-

bia vivir seguro en mi propia casa; y si á c
paso he de vivir con desconfianzas, mas qui
morirme, muger.

Ans. Toda esa filosofia, esa cachaza, y esa m
sedumbre no me engañarán, no.

Juan. Peor para tí.

Con entereza.

Ans. Vamos, dime: ¿qué secreto es este?

Juan. Trae aquí.

Con amarga sonrisa.

Ans. Dime: ¿permite la prudencia que yo la dé?

En ademan de irse.

Juan. Nada quiero.

Deteniéndole.

Ans. El secreto... pronto.

Juan. Espera, muger: la prudencia manda...

Con vehemencia.

Ans. Escucha...

Aparte.

¡Qué expresion! ¡jamas tuvo tanto aliento!

En voz alta.

Ven, esposo, toma la caxa: á ver quál de
dos es ahora mas atento. *Se la da.*

Juan. Siempre ha sobresalido tu bondad á

nia; pero para abrir la caxa, es menester que ne la des.

Con agradable ironía.

:. Creo, que no tendré que arrepentirme de mi onfianza.

En el mismo tono.

m. Pero, muger, conoce que yo con razon odré recoger lo que se me ha quitado.

:. ¡Cómo! ¿qué es eso? Ya conozco tus proectos.

Con mucha cachaza é ironía.

m. Ten la bondad de oir á tu marido: ¿no saes que como único propietario del secreto, no descubriré sino con mucha dulzura y sosie)? Pero ántes de todo pido una gracia.

Hace seña á Eugenia y á Don Narciso que salgan.

'a licencia á Eugenia para que dé su mano á 'on Narciso, y al instante vas á saber lo que ıcierra la caxa.

. ¡Diestra red!... Si no puedes disimular la faldad de ese corazon... Encúbreme para siem'e ese misterio... ya no quiero saberlo.

c. Señora, suplíco á vm...

. ¡Madre mia!

Con enojo.

Ans. ¡Calla pérfida!... No, no será tu man
precio de una traicion.

Juan. Ahí está la caxa... pues ahí está...

Con ironía.

A Dios... No haya traiciones.

Ans. Así me la entregas, sin descubrir el sec
¿he?

Con cachaza.

Juan. Anda, anda:

En ademan de irse.

Pregunta á los plateros.

Con un grito.

Ans. ¿Dónde vas?

Juan. Al jardin.

*Se lleva á Don Narciso, y tambien quiere
varse á Eugenia, pero su madre lo imp*

SCENA IV.

Doña Anselma y Eugenia.

Ans. Quédese vm. aquí, señorita...

Aparte.

¡Ah! ¡qué tono, qué desden, qué flema ta
ritante!... Estoy fuera de mí.

g. Madre mia, en vm. está...

s. Dime: ¿te ama Don Narciso?

g. Sí, señora.

s. ¿Le amas?

g. Estoy loca por él.

Aparte.

s. Echarse la cadena á los quince años.

En voz alta.

Le darás tu mano?

g. Mucho lo deseo: y juzgo que él hará mi dicha, y la de mi buen padre.

Aparte.

. ¡Ah! que otro tanto me juraba mi delinqüente marido. Hija mia, oye... tú no sabes lo que hay que temblar en ese triste lazo.

. Lo que sé es amar de corazon.

. Pues bien. Arma tus rigores contra Don Narciso. El amor es un aspid que abriga tu seno: y mi exemplo teme los tormentos que te esperan quando ese corazon tan tierno y afectuoso se sea abandonado por un esposo tan pérfido como el mio.

. Sí: digna es una de compasion quando eso es cierto; mas espero que no me sucederá lo mismo: Don Narciso será para mí (me lo ha prometido)

el amante mas fiel, el mejor de los amigos, y bre todo el mejor de los esposos: en una palab espera hasta el último momento de su vida pa cerse á mi padre, que es tan bueno, tan ag dable, tan humano...

Con indignacion.

Ans. ¡Ah! ¡hija! tan falso... Todos se parecen.

Aparte.

No sé lo que me digo...

Un pensamiento. Acércate Eugenia...

En voz alta.

¿Estás resuelta á ese lazo que para tí puede mas feliz?

Eug. Sí, madre mia, pero con Don Narciso.

Ans. No te quejarás de que él se oponga, pues él depende.

Eug. Ya me cuento por su esposa.

Ans. Está en el jardin, y quisiera hablarle.

Eug. En buen hora; al instante vendrá. *Vas*

SCENA V.

Doña Anselma sola.

Ans. Para quitar la máscara á una maldad que encubre con tanta destreza, es preciso emp

artificio, mas que me pese; además que el cri-
inal objeto de mis justas sospechas, al fin me
recisa á seguir sus lecciones. ¡Pero yo me con-
ndo! ¿quándo ha usado él de ironía conmigo en
s ultrages? ¡Ah! esta es obra de mi tutor; ¿y
de seguir mi esposo sus consejos? ¡y qué po-
!... ¡No hay remedio! valgámonos del amor de
on Narciso. En su edad el corazon ama con vio-
ncia: podrá servirme... Aquí viene... silencio.

SCENA VI.

Eugenia y Don Narciso.

A Don Narciso.

Sí, en breve, amigo, serás mi esposo, porque
ce mi querida madre que en tí está...

Eugenia, retírate.

nia entra en el jardin, y cierra la puerta, que su madre, que no la pierde de vista, elve á los espectadores; despues vuelve á ir la puerta, y se oculta muy pasito detras de una cortina.

SCENA VII.

Doña Anselma y Don Narciso, y Eugenia escondida.

Ans. Ahora bien... Espero, amigo Don Narc que no tomará vm. á mal que una madre se ble quiera salvar á su hija de los males ins rables del matrimonio... Será muy justo qu amor maternal conozca á fondo el esposo qu la destina: esto pide mucho tiempo.

Narc. ¡Señora! Vm. me hace padecer: si alarg dicha, mil tormentos despedazan ya mi c zon: y á la verdad soy bien digno de lást Sin embargo, mi llama es tan pura, como el jeto que la aníma. Me considero digno de la rable Eugenia; ¿ y la podria hacer desgraci La muerte sea mi premio, si lo pensára solan te... ¡Eugenia de mi corazon! ¡Destierra es mor para siempre de tu alma! Jamas profa el vicio un corazon, èn que siempre habita honor con tu adorable imágen.

Ans. Creeré cierto tu amor, si correspondes á prueba que quiero hacer contigo: mira q amas, el éxîto de tu amor depende ya de tí

Se queda suspensa por algunos momentos.

'engo quejas de mi esposo, no sin fundamento; no quisiera dar á mi hija un compañero co-
ɪo él.

'c. ¿Pues qué tiene de peligroso? ¡señora! mi icha sería parecerme á él.

. ¿A quién? ¿á ese cruel marido? ¿autor de mi ɪplicio? Sí; tú eres su cómplice... No lograrás la ɪano de mi hija.

Con desesperacion.

'c. ¡Cielos, qué oigo!

. ¿Qué has dicho tú?

c. ¿Es mal deseo el parecerme á un digno es-
ɔso en lo bueno que es? En todas partes le veo rtuoso, respetable: en fin, Don Juan es el me-
r de los hombres: pero no sé si en secreto ɪede hacer otra cosa.

Ahora eres discreto.

Con mucho afecto.

c. ¡Ah señora! No tengo mas que una alma. ɪ manos de vm. la pongo... Decida vm. mi des-
ɪo.

Se pone de rodillas.

do á Eugenia, ó la muerte.

Alza... en dos palabras... no es delito, q̃ la

una esposa sensible suponga á su marido agrav
que no exîsten: pero esta duda es horroros
sácame de ella... ¿Dime, no es tu amigo?

Narc. Así lo creo, y me honro en serlo suyo.

Ans. Pues bien: valido de esta familiaridad, v
seguir sus pasos con mucho zelo, y despues á
cirme todo, todo lo que veas.

Narc. ¡Cielos! ¡Yo delator de un amigo! Señ
tal empleo es poco digno de mí.

Ans. ¿Amas á Eugenia?

Narc. La adoro... Pero detesto la ignominia.

Ans. ¿Por qué temes, si la conducta de mi ma
no es sospechosa?

Narc. Yo la respeto, y no la exâmino.

Con furor.

Ans. ¡Perverso!... Quando yo no viva, te ca
con mi hija.

Sale detrás de la cortina.

Eug. ¿Y por qué no has de hacer lo que mi m
dice? Dí que sí, Narciso mio: no es tan
cil seguir los pasos á mi padre; y yo no te
inconveniente en ello; pues como nada hac
malo, ¿qué importa que mi madre lo sepa?

Conturbada.

Ans. ¿Estabas aquí?

g. Sí, señora; todo lo he oído.

s. ¿No te dixe que te fueras?

g. ¡Ah! yo no escucho nada de otros;

Mirando á Narciso.

ero me he puesto á escuchar lo que me importa: ¿no es esto natural, madre mia?

Aparte.

. ¡Ah! ¡atrevida! Todo mi plan ha trastornado.

SCENA VIII.

Los dichos, Gervasio, Justina, y despues Don Juan.

v. Aqui está...

A su hija.

amos, hija... quiero hablar á la señora; ella es umana, muy racional, y no sé cómo puede arjar de su casa...

A Justina.

. ¡Cómo tienes atrevimiento!...

. Vengo con mi padre.

v. Señora, disculpe vm. á un anciano, y á un dre, que teme que su hija...

¿Conoces su culpa?

. No, señora. Ptegunto y calla: imploro la

gracia de que vm. sosiegue mi agitacion.

En ademan de irse.

Ans. Ahí viene tu amo, que te lo dirá mejor
yo: mejor lo sabe él.

Aparte al tiempo de entrar.

Juan. ¡Ola! ¡mi muger! ¡con el buen Gervasi
Justina!

Just. ¡Señora! El honor, la caridad, todo se i
resa en que vm. diga mi delito ántes de de
nos.

Ans. ¡Se puede dar mayor insolencia! Yo qu
ahorrar á tu pobre padre una pesadumbre... ¿
ro lo quieres así? diré la horrorosa verdad...

Hablando con Gervasio.

¡Gervasio! Esta mañana aquí mismo, tu hi
dexaba abrazar de mi marido.

Con admiracion.

Gerv. ¡Quén! ¿ella?

Eug. No, no por cierto: ¡madre mia! oiga vm

A Eugenia con dulzura.

Juan. Calla, hija.

A su hija.

Gerv. ¿No respondes?

Just. El inocente sufre con humildad que se le
se, y nó acusa á nadie.

·v. ¡Señor! por Dios quíteme vm., si me esti-
ıa, esta pesadumbre que acabará conmigo. Dí-
ame vm. solamente, no es culpable; y yo res-
iro.

·n. ¡Gervasio!... Si hay un corazon casto, es
de tu hija.

Con mucho contento.

v. ¡Ya descanso!

n. Ese supuesto abrazo, fué una inocente se-
l de mi gratitud á Justina por los cuidados que
debe Eugenia... En esto que llega mi muger...
livina tú lo demas.

v. Ya estoy... En efecto, Justina es tan modes-
, que no me pude imaginar, señor, que se ol-
lára en un instante.... Pero la señora ha estado
ra perder á esta inocente: porque vm. sabe que
el honor, nada es una muger. ¡Hija mia! ya
oy sereno... Ven... volvamos á nuestra pobre
oza.... y vm., señora, otra vez no exponga á
lie al mas cruel sonrojo sin motivos... Eso sí;
ores serémos, pero honrados.

¿Ves á lo que me exponen tus inauditos pro-
eres? á que unos criados insolentes, validos
tu proteccion, me injurien en mi cara: y tú,
el, ¿me dexas vengada con ese silencio?

Juan. Anselma: esto es ya demasiado serio... M
ra en tu rededor, considera tu obra, y cue
las víctimas que sacrificas, sin señalar sus d
tos: conozco los mios: soy tu marido: inf
por tu excesivo amor; y lo llevo con pacien
¿Pero qué derecho tienes para injuriar ni p
seguir á los demas?

Con viveza y decoro.

Contempla ese buen anciano, á quien recomp
sas sus servicios con el mayor ultrage. Mir
hija, objeto de tu ódio implacable, guarda
sin embargo un humilde y generoso silencio.
tienes á nuestra Eugenia, á quien tus rig
quieren arrebatar dos bienes necesarios á su c
zon: al amante que adora, y á su leal Justi

Señalándose á sí mismo.

Ultimamente; aquí tienes á tu único amigo,
fiel esposo; infeliz por ser un perpétuo bl
de tus injustos zelos: déxate, pues, mover d
te triste espectáculo: cesa de emponzoñar l
cha de tus dias: acuérdate de aquellos pa
tiempos, tan preciosos, tan dulces, en qu
esposa amaba á su esposo sin sospecha... Ve
pobre Eugenia, échate á los pies de tu mad

Eugenia se arrodilla.

Tus inocentes ruegos, unidos á mi ternura, mudarán su corazon, que ha nacido generoso, y que no está hecho para sufrir que nadie sea infeliz.

g. ¡Madre!

Conmovida.

s. Ven á mis brazos... no puedo mas.

l Don Juan con mucha ternura y expresion.

Ven tambien, dulce ámigo! ¡ven! ya cedo á tus ondades: aquí tienes este corazon, que tú has anado.

A Gervasio.

No se hable mas de esto, fiel Gervasio... Justina, o dexes mi casa.

t. ¡Ay señora! es tiempo de que vaya á dar á ni padre los alivios que su hija le ha dado siempre: y ahora pagaré este tributo legítimo con nta alegría, como que al salir de esta casa lle- de ella el buen concepto de vm.

. ¿Y te vas despues de todo?

na muda entre Eugenia, Gervasio y Justina; estos dos últimos vanse.

. No puedo echarla nada en cara... ¡Ah! que es no de los mas preciosos bienes de este mundo el cerse amable: lo conozco. No podia esperar de triste conducta mas que el ódio y abandono

de todos. ¡Esposo! tu dicha estaba envenena
por mis furiosos zelos... todo mè lo perdonas
Mucho tiempo hace que he estado perturbando
sosiego de tu corazon; pero no lo haré mas: a
juro mi error... toma...

Le vuelve la caxa.

Recobra esa caxa, y su fatal secreto, que ta
me ha atormentado: renuncio para siempre
sospechas.

Juan. Voy á sacarte de dudas.

Aparte.

Debo hacer este sacrificio por su tranquilidad.

Abre la caxa.

Mirando el retrato.

Ans. ¡Ay Dios! ¡que es de una muger!

Juan. Y bien: ¿no estás curada de tus zelos?

Con emocion.

Ans. ¡Y de una muger que no conozco!

Mirando por encima del hombro de su mad

Eug. ¡Ay! ¡qué bonita!

Juan. En una palabra. No quiero dexar ma
á tus sospechas. Creeme: hijo de la idéa y
capricho, ese retrato no tiene original en el
verso entero.

r. ¡Basta! Al fin soy dueña de mí misma. Yo uardo esta alhaja, regalo de tu ternura, para bsequiar un dia á nuestros novios... y para re-arar mejor la ofensa que ha sufrido una familia onrada, voy á que Gervasio me vuelva su hija.

Abraza á su marido.

SCENA IX.

dichos: Don Guillelmo entra en el momento que Doña Anselma abraza á su marido.

ll. ¡Ola! aquí se abrazan. Esto es nuevo para í.

Con desden.

¿Es malo esto?

ll. ¡Vaya, vaya! ¡buen retrato! es un ori-nal sin copia.

No hay necesidad de copia.

Con desembarazo.

go á vm., señor Don Guillelmo, que si sus dados oficiosos no turban mas la paz de mi a, durará en ella muchos años. *Vase.*

l. ¡Qué sal tan picante! Pero no me hace me-, pues hasta que tu corazon se haya hecho de carácter firme, no dexaré de ser tu Mentor.

Le toma del brazo aparte.

¡Ahora bien! Ya ha venido la niña, que esp
rabas.

Juan. ¡Ay Dios!

En voz baxa.

¿No la has hablado?...

Guill. No por cierto. Lo peor es, que ha pregu
tado á la puerta ¿dónde vivias? y como eres
conocido... ¿Tienes un criado fiel?

Juan. Mis gentes todas son á favor de mi mug
y siempre les está preguntando.

Guill. Pues bien. Si nos quedáramos uno de
dos....

Juan. Otro peligro...

Con reflexîon repentina.

Guill. Aquí cerca hay, como sabes, algunas
sadas.

Juan. Muy bien. Es lo mas seguro.

A Don Narciso en voz baxa.

Eug. ¿Qué tienen?

En voz baxa y con afecto.

Narc. Calla.

Guill. No perdamos tiempo... Narciso, ven
nosotros...

En voz baxa á Don Juan.

Io temas... que es un buen mozo, y nos serrá.

Con naturalidad.

. ¿Le dexará vm. volver?

ll. Sí, sí; no tengas cuidado, que nosotros sponderémos de él. *Vanse.*

SCENA X.

Eugenia sola.

. ¡Qué fastidio! ¡llevarse su sobrino! ¿No esría mejor en mi compañía? Sola, me voy á urrir. Para obsequiar un dia á nuestros nos, dixo mi madre: esto será pronto... ¿Si seré zelosa?... ¡Qué silencio reyna aquí!... Voy casa de Gervasio... Mas no, que se enfadará madre... Quedémonos, pues... Ahora que me uerdo: allí está la aria que Narciso me ha reado, que empieza: *Locas son las niñas.* La ra es suya; ya no temo el fastidio: voy al ino.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto solo.

Jac. No ha querido venir el coche; no es ma villa, pues no sé quién me ha dicho que ya gó; y por eso me vengo derechito á casa.

SCENA II.

Eugenia y Jacinto.

Eug. Ola, Jacinto.

Jac. Señorita, sea enhorabuena.

Eug. ¿De qué?

Con agradable sonrisa.

Jac. De una noticia, que vm. ya sabe.

Eug. Nada sé.

Jac. La señora esposa de Don Narciso: ¿no un bonito título? ¿A que es muy gracioso?

Eug. Mas bonito que otro.

Jac. Pues bien; así se titulará vm.

Eug. ¿Lo sabes?

Jac. Mucho que lo sé... Y el título de esposo

ustina, ¿qué le parece á vm.?

;. Muy lindo.

:. Pues sepa vm. que sí: pero yo no la veo.

;. Puede que ahora venga.

SCENA III.

Los dichos y Doña Anselma.

;. ¡Madre mia! ¿vuelve Justina?...

. No estaba en su casa; luego volveré á ver n qué quedamos. Vaya, que es tiesa tu Justina.

. ¡Pero es tan amable!

acinto entretanto da muestras de contento.

Quiere vm. que la escriba una esquela? Janto la llevará.

. Sí; y dila que aquí la espero, que quiero ecirla que nada tengo con ella... Mas... se me lvidaba un grande encuentro... ¿Sabes que he allado á tu padre, á Don Guillelmo y á tu nante, que me han dicho que iban á casa de n Notario? ¿Qué comprehendes de esto?

Sonriéndose con naturalidad.

. Yo nada: pero déxelos vm. ¡Ah! mas quer- á mi amante, si por vm. llega á ser mi esposo. *Vase.*

SCENA IV.

Doña Anselma, y Jacinto á un lado.

Ans. El mal que se sabe, no está léjos del m que se teme.

Aparte.

Mucho me cuesta seducir á un criado: pero á mo: vamos allá.

Acércate, Jacinto, que no voy á reñirte.

Aparte.

Jac. No sería extraño.

Ans. Acércate, no temas... Aunque puede q tengas parte en los tormentos de mi corazon.

Jac. ¡Yo! ¿Señora?

Ans. Sí, Jacinto. A todas partes vas con tu an tú solo sabes dónde entra, y quánto hace: no puedo vivir si no sé la conducta de mi qu rido esposo; y por tu silencio, me has reduc á que le persiga, á que á todos os incomod pues quando el amor vé claro, no es zeloso.

Jac. Pues yo siempre he oído que el amor no gota; y así sucede con vm.: quanto mas le ab á vm. los ojos, mas y mas los cierra para

r nada: ó si los abre vm., es para ver lo que hay... En fin, si yo acusase á mi amo... Sí, ñor, yo sería creído... pero como no puedo blar sino mucho bien: ¿he? Jacinto es un pí-o... Jacinto nada dice... Señora: yo no soy mo esos criados indignos, aduladores y em-steros, que hoy venderían por vm. á su amo, mañana la venderían á vm. por él... ¡Jesus! sé cómo hay amos en el mundo, que der-nan su dinero para rodearse de traidores! Yo, , ver, y callar...

¿Te parece muy honrado ese modo de por-te, quando una palabra á tiempo puede so-gar mi corazon? Si no tienes mal que decir tu amo, callando arriesgas su sosiego y el . Si á una casada la fuera lícito ir á todas tes con su marido, no necesitaría yo de vo-ros; pero sería feliz si supiera, que aun en ausencia piensa en mí: que en todas partes tiene presente, que no hay distraccion para Dime, ¿en saber yo esto ofendería tu hon-ez? ¿ni por qué ha de ser peligroso un zelo nos haría mas felices?

Si no es eso, señora... Yo diría la verdad; ro quién me asegura el que vm. me crea?

porque pasar por mentiroso, no siéndolo, siente mucho.

Ans. Pues bien, haz la prueba: y verás como mantienes la dulce paz jurada entre tu amo y

Jac. ¿Durará mucho?

Ans. Durará miéntras viva; pero en tí consiste.

Jac. ¿Con que hay que contarla á vm. todo?

Ans. Y con mucha fidelidad.

Jac. Así será: fie vm... pero hagamos un con nio... Justina va á venir... he de lograr su man Miéntras que yo sigo los pasos de mi amo, ama ha de seguir los pasos de Justina: y p que el reposo de nuestros corazones depen de ellos, los dos nos dirémos la verdad: ¿ es eso?

Volviéndose á un lado, y en voz baxa.

Ans. ¡Justos cielos! ¡A esta vileza he venid

En voz alta.

Anda, y mira si mi hija ha acabado de escribi

Vase Jacinto.

Don Narciso se niega por amistad: Jacinto pone por dura condicion... ¡Qué premio tan v gonzoso saco!... No: ya es tiempo de que conozca: dexémos de ofender á mi esposo:

os dicen que es fiel; ¿y por qué no lo he de
eer?

Un Calesero en la puerta del foro.

s. Entre vm. recado al amo de la casa.

Aquí está la señora.

Saliendo.

. Buenos dias, señora... Perdone vm... Aquí
á mi librito de memorias... Lea vm.

Lee.

"Irás á casa de Don Juan Rosaverde... de
arte de una señorita, que se le envia de Ciu-
ad Real, y dirás que ha llegado."

Recoge el Calesero su libro.

Al Calesero.

quién es, amigo mio, esa señorita?

No sé quién es... Pero presumo que es per-
a de importancia... Siento no haber podido
ir ántes.

¿Dónde ha ido á parar?

Creo que estará todavía en la posada donde
he llegado.

Aparte.

¡Ay cielos! ¿vendrán nuevos martirios?

En voz alta.

Aguarda, irémos juntos; que yo misma vo
buscarla.

Con confianza.

Cales. Pues le gustará á vm. mucho, porque e
encanto de todos. *Vanse.*

SCENA V.

Jacinto solo, y despues Clemencia.

Doña Anselma en el acto de acabar de ir

Jac. ¡Señora! ¡señora! ¡Anda con Dios! ¡b
viage! Pero yo soy muy zorro: eso de que
he de vender á mi amo, no: ¡mas sino hace
da malo! ¡Vaya, que los zelos son un infie
No: pues que se devane los sesos. Yo me
á casar al instante con Justina, y á servir á l
Narciso... ¡Jesus! mas vale vivir en paz,
todos los tesoros...

Mira hácia dentro.

Vaya, que la niña es un plomo; y lleva tr
de no acabar la carta en toda su vida...

á Clemencia que la acompaña un criado, el al se retira inmediatamente despues de haberla introducido.

Ola! ¡ola! ¿qué es esto?

Llegando con lentitud.

n. ¡Si seré bien recibida! ¡Dios mio!

Llegándose á ella.

. Una señorita como vm. merece mucho; no ede ser mal recibida.

n. Ese es favor de vm.

. No gasto lisonjas, señorita: ¿qué trae vm. uí?

ı. Quisiera hablar al señor Don Juan.

Ha salido.

ı. Pues luego volveré.

¿Está vm. de prisa?

Deteniéndola.

ígame vm...

ı. Busco solo al señor Don Juan.

Aparte.

Mas valiera que me buscára á mí.

. El sabe á lo que vengo.

En ese caso, hasta luego:

En ademan de irse.

á la tarde podrá vm. venir, y le hallará vm. amo en casa.

SCENA VI.

Los dichos y Eugenia.

Le da la carta á Jacinto.

Eug. Toma, Jacinto; vé corriendo.

Aparte mirando á Clemencia.

¡Qué bella persona!

Eugenia y Clemencia se saludan, y Jacinto mira con admiracion.

Con un poco de despecho.

Eug. Vamos, Jacinto, despáchate.

Jac. Voy corriendo...

Al oído de Clemencia.

Esta señorita, es la hija única del señor Don Ju y se llama Eugenia. *Vase.*

SCENA VII.

Eugenia y Clemencia.

enia mira por algun tiempo á Clemencia con rrés y admiracion, y dice con naturalidad.

. ¡No sé qué siento! una secreta alegría se apo-
ra de mi corazon.

ı. Esa es para mí gran dicha.

. Mi corazon palpita...

Aparte.

Qué será esto? ¿quién es esta jóven forastera?...

En voz alta.

t dicha será para mí.

Aparte.

Por qué siento yo tanto gusto en verla? Siento
no sé qué, que me manda no la aparte de mí.

pausa, mirando á Clemencia con mucha accion, y despues dice.

miga mia, dame tus brazos... yo no puedo con-
igo misma...

Abrazándola.

. El alma se me arranca al ver tan buen reci-
: admite estas lágrimas de contento.

Eug. A mí tambien se me saltan. ¿Qué cosa nos ternece así?

Clem. En tí es la piedad... en mí el agradecimien

Eug. Nada me debes... y yo cedo al poder de afecto íntimo, que no es piedad sino mas b amistad.

Clem. ¡Ay amiga! mas digna de piedad soy que afecto, y vengo á implorarla.

Eug. ¿Pues qué te sucede? dímelo todo: qu yo puedo servirte de algun alivio, no sé qual las dos será mas feliz.

Llorando.

Clem. ¡Alma generosa!

Eug. ¿Por qué lloras?

Clem. No sé por qué infausta suerte de mis pad se me ha ocultado mi triste nacimiento. Esta da la debo á los generosos socorros del se Don Juan.

Con mucha accion.

Eug. ¿Mi padre?

Clem. Tu padre.... Me dió en lugar de madre excelente muger, en cuya apacible morada vivido diez y ocho años... ¿Por qué habia de rir una muger tan virtuosa, tan buena?

Eug. ¿Ha muerto?

n. Noche y dia la lloro, y por eso vengo á que
ı padre disponga de esta infeliz, dos veces huér-
ına.

. Cuenta con mi padre: él mismo hará sus ve-
:s... ¿Le has visto ya?

n. Nunca le he visto... pero le amo... le amo...
as bien como á padre, que como á bienhechor.
spero, amiga, que con tu favor le veré.

. Yo me prometo ser feliz si te quedas en ca-
... Nos tratarémos como hermanas.

ı. No sé con qué secreto iman me atraes há-
a tí.

¿Tienes diez y ocho años?

ı. Sí.

Mira, tú serás la mayor, pues yo no tengo
ıs que quince.

. No puede mi corazon aspirar á esa dulze pre-
gativa contigo: pero sí seré tu fiel compañera.

No lo dudo... mas espera... mi madre puede
e esté en el jardin; voy á llamarla... luego que
vea, no te dexará salir de casa.

Vase corriendo.

. Amanece para mí una aurora de felicidades,
a madre es como la hija.

SCENA VIII.

Clemencia y Don Juan: despues Don Guill
mo, y despues Don Narciso.

Clem. Pasos siento.

Juan. Cuidado que me avisen al punto... ¡Cie
¡qué muger es esta!

Clem. ¡Señor!...

Juan. ¡Qué miro! ¡mi sorpresa es grande!

Clem. ¿Es vm. el señor Don Juan?

Atribulado.

Juan. Sí, señora... el mismo.

Aparte.

¡Qué vivo retrato!...

Arrodíllase.

Clem. Postrada... vengo...

Juan. Levanta... ¿eres Clemencia?

Clem. Sí, señor.

Aparte.

Juan. ¡Si parece que veo á su madre!

Clem. Señor, ¿le incomoda á vm. mi presencia?

Juan. ¡Qué dices, hija mia! ven, vuela á mis
zos...

Aparte.

ii habrá espías? ¡Qué susto!

n. ¡Mi bienhechor, mi padre!

Entrando con agitacion.

ll. ¡No hay remedio! es ella.

n. Ella es.

Toma de la mano á Clemencia.

ll. Sígueme. Por un instante no se ha descu-
erto todo.

A Don Juan.

Está abierta la puerta del jardin?

n. Hay está la llave.

l. Bueno.

Asustada.

. ¡Qué es esto!

A Clemencia.

l. Serénate.

Aparte.

uí es menester entereza.

A Don Juan

uarda un intrépido silencio: mira que esta cri-
va á decidir tu suerte: voy á mi casa para mas
uridad; que quando sea tiempo irémos á la
Gervasio.

Sale corriendo.

Narc. Aquí viene Doña Anselma.

Juan. ¡Ay Dios!

Guill. Vamos pronto.

A Don Juan.

Y tú, quédate aquí, firme y sereno. Cuidado.

Vase con Clemencia por la puerta del jardin

SCENA IX.

Don Juan y Doña Anselma.

Aparte.

Juan. ¡Funesta rabia! ¡comprometer así mi nombre y el suyo!...

Con cachaza é ironía.

Ans. ¡Qué horror! ¿Es verdad, esposo?

Friamente, y despues del mismo modo.

Juan. ¡Con que has venido, muger!

Ans. Sí, fiel esposo: aquí tienes á tu muger que te pregunta sin prosa y sin rodéos ¿qué precioso objeto esperabas de Ciudad Real?

Juan. ¿No te lo han dicho?

Con dulzura.

Ans. Sí, hijo mio.

Con furor.

í, perjuro! ¿Con que en el mismo instante en
ie tu boca me jura no dar en adelante á mi in-
lice corazon sospechas terribles, ni tormentos
›rrorosos; en el dulce momento en que este
›razon mas sereno buscaba un asilo para siem-
e en el tuyo, abusando de mi candor, dispo-
s los cobardes preparativos de una infidelidad
ɜa niña... vamos... responde... ¿quien es? todos
› dicen que es muy hermosa: ¿qué trae á Ma-
id? ¿por qué pregunta por tí?

n. Es natural que me la envie algun amigo, y
recibiré con mucho gusto.

¡Qué pronto has encontrado ese amigo! ¿por-
é pones espías que te avisen?

i. Ninguna he puesto.

Con viveza.

¡Pues por qué... (yo me desespero) por qué
ha visto esta mañana en cierta parte á Jacinto
›guntando á todos? Mas aquí viene...

i. ¡Muger! no entiendo nada de quanto dices.

SCENA X.

Los dichos y Jacinto.

Jac. ¿Con que Justina se va para siempre á casa?

Ans. Me alegro en este momento que vengas.

Juan. Por Dios que no me inquietes, esposa.. complaces en comprometerme con todos mis c dos... Hasta ahora he sido víctima de mi co zon bueno y compasivo... pero basta... estoy c sado de esta vida... es menester adoptar uno dos medios, para salir de tan penoso estado. soy tu tierno y fiel esposo, ó no lo soy; si t nes prueba de mi infidelidad, ahórrate de dar nuevos pesares. Sea el último castigo á mi co ducta el mas pronto abandono, el mas justo d precio. Pero si siempre amante de mi esposa, guardado religiosamente la fé que te juré, si sido idólatra tuyo y de tu honor, eres injusta no me pagas con la dicha que me debes.

Ans. Haz, pues, la mia cruel; y si tanto me a ras, dime al instante ¿quién es esa foraste ¿de dónde la conoces?.. Dí... ¿qué resp des?... ¿Sabes que ese silencio expone tu

d á sospechas muy feas, y que esa niña podrá
nbien atraerse con tu proteccion una mala
ta? Dicen que se halla en situacion desgra-
ıda: se alaba su atractivo... y tú puedes com-
sivo y rico...

n. No prosigas, injusta... Yo iba á descubrirte
te inocente misterio... pero... callémos.

Con furor.

Mira que me precipitas... Me pones furio-
, y me haces capaz de todo. Diez y seis años
n sido para mí una tenebrosa noche, que han
scurecido mucho mas tus diestras imposturas.
asta aquí creí haberte acusado sin razon; pero
fin mis sospechas han hallado fundamento.
a no puedes llamar mi desconfianza rabia fu-
sta, ciego frenesí... Mas no te alabes, hom-
e artificioso, de que ocultarás de mi vista á
i rival... Si la escondieses en el centro de la
erra, allí la descubriría.

. ¿Con que esta paz, es como si dixéramos
ıa guerra?

. ¡Qué digo yo! ¡Dónde voy á parar! Mira...
partido mas prudente es el de separarnos: ya
podémos vivir juntos: ambos maldecimos el
zo que nos une: rompiéndolo, serémos felices.

Juan. Sí por cierto: tienes razon...

Con firmeza.

Bastante ha atormentado ese lazo mi deplo ble vida... Separémonos.

Ans. ¡Corazon vil! ¡Eso quisieras!

Con pausa y furor.

¡Quieres tu libertad!... mas no la tendrás... Desde este momento no me echarás de tu do... A todas partes irás conmigo... he de tu sombra.

Con furor.

Juan. Acabémos... estoy harto de tus innume bles injurias: aborrezco tu horrendo amor... quiero tu ódio... te hablo por la última vez so: y voy á hablarte como dueño. Mira, de hoy en adelante, tu esposo quiere mandar en casa. Hasta aquí te he querido ceder el m do... Toda mi familia, hasta hoy acostumbr á venderme, solo á mí han de obedecer... y no á la calle. Por la mañana, por la tarde todas horas, que entre ó salga, no ha de ha espías á mi lado: y cuidado sobre todo con me preguntes nada. Bastante me han ultraj tus dudas... Cuidado con que este plan se a re en lo mas mínimo... porque si me vuelv

seguir, se acabó todo; y yo soy el que de
ne separo para siempre. Dia vendrá en que
ıozcas tu delirio: maldecirás tu manía, tus
ıltantes sospechas, y volverás á mí; pero en
o... A Dios.

ntra en su habitacion, y cierra la puerta con violencia.

Desmayándose.

¡Ay Dios! Así me dexa...

Socorriéndola.

¡Señora!...

ĩa Anselma se dexa caer sobre Jacinto.

ñor! ¡señor! Venga vm. que se muere. Está
lo.

Reponiéndose.

¡Cruel! Es capaz de dexarme morir.

SCENA XI.

Los dichos, Eugenia y Don Narciso.

Aparte.

¡O! ¡bárbaro marido!

A Narciso.

Eug. Ya te digo, que quiero hablar á mi madr

Ans. ¿Qué me quieres?

Eug. En una palabra... Aquí ha venido una se rita poco hace, y ha preguntado por mi pa

Ans. Acaba, dí...

Aparte.

Yo sabré el misterio.

Eug. Es muy linda, y tan desgraciada la pobr Mire vm., yo lloraba quando me refería...

A Don Narciso, que la tira la ropa para que calle.

Déxame decir...

A Don Narciso con seriedad.

Ans. Déxela vm.

A su hija.

Prosigue, hija mia.

Eug. La pobre, ignora su familia. Dice que padre es su único consuelo. He corrido en bu ca de vm... porque vm... es lo mismo.

Ans. En fin, ¿dónde está esa niña?

Eug. En casa de Don Guillelmo... Sin duda él da un asilo; pero yo hubiera querido que v la viese, y hubiera tambien querido que se qu dase en casa con Justina.

¡Ah! sí. Justina está en casa de su padre, y quiere volver.

¿Qué? ¿está todavía enojada? Yo iría ahora erla, si mi madre quisiera.

Anda, pues; Jacinto irá contigo.

Aparte.

s dos me estorban.

e Eugenia y Jacinto: Don Narciso quiere uirlos; pero se lo impide Doña Anselma.

SCENA XII.

Doña Anselma y Don Narciso.

Abreviémos mi suplicio, Don Narciso. Bien lo habia yo dicho. Sí: eres su cómplice.

Con asombro.

. ¿De quién?

Ya me entiendes... Una criatura acaba de concertar vuestros pérfidos planes.

. ¡Señora! ¡en honor!...

¡Qué! ¿no he visto yo tus señas, que indi- claramente tu traicion?

Con el mayor calor.

. ¡Señora! ¿es posible que vm. me haga esa sticia? El engañar á vm. ¿no sería renunciar

á la dicha que me prometo de su ternura? ¿ es vm. dueña en el dia de mi destino? ¿y p do yo venderla sin sacrificarme?

Ans. No bastan palabras para convencerme; q ro obras... Llévame á casa de tu tio, ántes tenga tiempo de sacar de allí á la forast quiero saber de una vez si tengo razon, ó

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

A ella.

¿Sabe vm. que yo no mando en su casa?

Ans. Al instante.

Narc. Reflexîone vm...

Ans. Nada reflexîono... Vamos, ó no te cas Piénsalo bien.

Aparte.

Narc. ¡O exponerlos á todos, ó perder lo mas amo!

Ans. ¿Dudas? iré sola.

Narc. Espere vm.: allá voy.

Ans. Pues vamos.

Narc. Vamos...

Aparte al tiempo de irse.

¡Ay Dios! solo por milagro saldrémos de peligro.

ACTO QUARTO.

El teatro representa la casa de Gervasio.

SCENA PRIMERA.

Gervasio y Justina.

rv. ¡Bueno!

ocando algunos muebles por una y otra parte.

'odo está como el amo quiere: ¿no está bien?

)í.

t. Muy bien está.

Suspirando.

Pero á qué viene todo esto? ¿quién es esa se-
orita que ha de vivir con nosotros, sin que lo
pa nadie?

v. ¿Qué te importa?

t. No sé qué me da el corazon: temo nos ven-
an muchas pesadumbres; y no pocas á ellos.

v. Escucha, Justina: mi amo no se parece en
da á su padre: no es, como él, impetuoso,
nigo de sus gustos, ni calavera; ántes bien se
sa de modesto y prudente. Su padre me que-
enriquecer porque le ayudase en sus vicios;

el hijo me echaría si tal hiciera. Pues bien: hombre, como él, no es capaz de compro ternos. ¿Piensas tú que yo hubiera aceptad casa que nos regala, si hubiese creído mala intencion? No, no creas que manche con nin na infamia esta morada.

Just. Que el cielo me confunda, si dudo y su honradez. Lo que yo temo son los zelo su esposa, furiosos arrebatos de su loco a Ya sabe vm. que por eso no estoy á su con que...

Gerv. No hablémos mas de eso.

Just. Sí, que á la menor cosa que vea, y q ella se le figure, no lo echará todo á rodar.

Gerv. Enhorabuena. Venga aquí á desahoga rabia: la diré una sola palabra. En mi casa, ñora, soy el amo. Si el señor Don Juan no re serlo en la suya, él se entenderá: vm tiene aquí sobre Gervasio poder alguno: a lo diré, ya lo verás.

Con viveza.

¡Que mi amo no tenga tanto valor como pero ya que él no se atreve, yo me atre Preciso es servirlo.

Just. Dios quiera que no se arda la casa;

vm. no lo pague.

erv. ¿He? nada temo.

SCENA II.

Los dichos, Eugenia y Jacinto.

g. ¿Esto se acabó?

A Justina.

Con que no quieres venir: ¿he?...

st. ¡Qué! ¿vm. misma viene, señorita?

g. ¡No hables! Ya sabes lo que te quiero: bien podrá ser que tú no quieras vivir conmigo; pero yo no puedo estar sin tí mucho tiempo.

A Eugenia.

st. Cada vez me favorece vm. mas.

A Gervasio.

¿Sabe vm., padre mio, que quando vm. salió, recibí de Eugenia un recado muy atento? ¡Mire vm. qué bondad!

A. Eugenia.

¿Quiere vm. que enseñe á mi padre la carta?

A Justina.

g. Sí.

A Gervasio.

Mas yo escribo muy mal: tengo buen corazon,

sí; pero poco entendimiento.

Gerv. ¡Qué candor!...

A Justina.

Eug. ¿Perdonas á mi madre? Dí...

Just. ¿Quién se acuerda de eso? Quítele vm. s zelos, y á fé mia que al instante voy.

Con importancia.

Jac. Mira, Justina, que yo no consiento en ell

Eug. ¿Por qué, Jacinto?

Jac. Porque es muy zelosa...

A Justina.

Si vuelves á su casa, busca quien se case con go, porque...

Just. No prosigas.

Jac. Porque has de saber...

Eug. Calla hombre...

Just. Señorita, yo volveré: mi corazon, la b dad de vm., todo me obliga: pero la que es losa, está muy cerca de ser inhumana: ultraj hoy, tambien mañana lo seré; y poco desp me volverán á echar con ignominia. Mejor s una cosa: dentro de pocos dias se casa vm. al instante voy á servirla, siempre que mi pa quiera.

Eug. Pues bien, abrázame, querida. Y tú, G

vasio, ¿consientes en ello? Nada pierdes: yo salgo á que tu hija estará contenta.

erv. Consiento de corazon; y léjos de inquietarme, envidio su suerte.

ac. Esto va bien, y á mi gusto.

A Justina.

Ahora sí que seré tu marido.

En voz baxa.

ust. Y yo, señor Jacinto, enmendaré á vm.: no se me olvidará, no, eso de que busque otro marido.

SCENA III.

Los dichos, Don Juan, Clemencia y Don Guillelmo.

erv. ¿Qué ruido es ese?

uan. Soy yo.

A Justina.

ug. Ella es.

em. ¡Ay Dios!

uan. No temas:

Aparte mirando á Eugenia.

En esta morada nadie se meterá contigo.

Aparte.

¡Ay cielos! Mi hija aquí...

A Eugenia en voz alta.

¿Qué haces aquí?...

Eug. Vengo á que Justina vuelva á casa.

Juan. Justina tiene que quedarse en la de padre.

En voz baxa.

Guill. Pues estamos serenos, aprovechémos momentos: quiero hablarte sin testigos.

En voz baxa.

Juan. Yo tambien.

En voz alta.

Gervasio: ya conoces la huéspeda que te traig

Aparte.

Just. ¡Qùé linda es!

A Justina y Gervasio.

Jac. ¿No lo habia dicho yo, que era como sol?

A Clemencia.

Juan. Esta casa es la mansion de la virtud y recogimiento: no dudo que por lo mismo es contenta: pero con todo eso, quiero darte g to: mira si te acomoda; vé con Gervasio.

En voz baxa á Gervasio.

Entretenlos.

A Eugenia, Justina, Jacinto y Clemencia.

erv. Vengan vms. á ver mi huertecita, que la he compuesto; y á buen seguro que les ha de gustar. *Vase con Clemencia.*

SCENA IV.

Don Juan y Don Guillelmo.

uill. Al fin estamos solos. Ahora bien, amigo mio: ¿dexarás tu obra á medias?

ian. No por cierto; eso no.

uill. Sin embargo, á pesar de tu intencion de evitar que Eugenia pudiera ver y decir, la ves aquí. Pero si acaso crees que tarde ó temprano se sabrá, ¿qué piensas hacer?

Con firmeza.

Hablémos como hombres.

Conturbado.

ian. ¿Qué harías tú? En el punto en que estámos, harías, me parece, de la necesidad virtud.

uill. Decirlo todo: ¿no es eso? ¿y tu juramento?

ian. ¿Pues no querías?...

Guill. Sí, quando era tiempo... En mi primer sis tema, la llegada de Clemencia te volvía la pc testad que debe tener un marido en el seno d su familia: mas ahora que tu muger sabe que h querido esconderla de su vista, aunque derram ses tu sangre para probarle que era tu legítim hija, no lo creerá. Hará malos juicios de l dos... ¡*Mentira*! exclamará: ¡*Infame disculp* y bien léjos de agotar el perenne manantial d tus males, tu confesion intempestiva los aumen tará.

Juan. Verdad es: mas ya que me indicas el ma ¿por qué no me das el remedio?

Guill. ¿Quieres ser siempre débil? padece, sufr y no esperes mi socorro... ¿No te estremece abochorna esa vil dependencia en que vives, fr to amargo y vergonzoso de una contemplacio que yo con razon llamaré pusilanimidad? Escu cha mis consejos; síguelos, y hoy mismo recc bras tu imperio.

Juan. Habla, amigo mio; que ya es tiempo d que mi alma respire.

Guill. ¡Bueno! pues voy á hacerte libre á tod costa. Comienza solamente: yo me encargo d los demas.

an. Así lo haré.

ill. Ese secreto que tú crees tan funesto, lo ha
le saber tu muger aun sin preguntarlo. No ig-
ioras que lo que se oculta, es lo primero que se
abe. Entónces hazte sordo al impetuoso clamor
le su delirio: respeta con fidelidad la madre de
Clemencia, pues faltando al juramento solemne
que la hiciste, te haces perjuro sin hacerte feliz.
Por el pronto se extrañará tu silencio; pero vas á
nejorar de suerte: oye lo que te dicen el honor
y la amistad; y sabe que guardando este secreto
á tu zelosa muger, rompes el yugo que te impo-
ne. Clemencia es el pretexto, y tu paz y tu so-
siego la causa.

an. Tiemblo al considerar...

ill. ¡Qué! ¿tiemblas?

an. ¿Qué resultará de aquí?

ill. Que viendo tu muger que mudas el tono
suave, que la habia ensoberbecido, en un tono
firme y varonil, conocerá de una vez que su
reynado pasó.

an. Al instante verás qué furores, qué vahídos,
qué congojas...

ill. ¿Qué importa? Miéntras ella se crea fuerte
por tu flaqueza, el furor, los vahídos, las congo-

jas, se multiplicarán á lo infinito.

Juan. Mira, que amenaza con el divorcio.

Guill. En eso te indica lo que tú debes hacer.

Juan. Y tú que nos uniste, ¿nos quieres separa

Guill. Quiero reparar un mal que hice: pues m ra: ese terrible divorcio, es el único reme de tus males.

Juan. ¡Separarme de ella! ¡Gran Dios! ¡q oigo!

Guill. ¿Te conturbas?... ¿tiemblas?... No, no separarás; pero finge que lo quieres así.

Juan. ¿No podiamos hallar otro medio ménos d ro, que sin mudar su corazòn, mudase su car ter? ¿que me volviese mis derechos sin quitar su precioso amor?... temo que mi dureza haga aborrecible, sin remedio tal vez.

Guill. No prosigas... ¡hombre sin energía! N despertará ya el letargo de tu alma. Ya se vé: diez y seis años no has aprendido otra c

Con entereza.

Pues mira; te digo que te amo, que deseo bien, que haré por tí un sacrificio. Si sigues sistema, todos quedan satisfechos: tienes imp turbable paz en tu familia: corregida tu mu y yo esposo de Clemencia.

Con confusion.

n. ¡De Clemencia!...

ll. Sí: míralo bien. La rendiré mi fé luego que haya hecho dueño absoluto de tu casa. Canda tu muger de su desgraciada vida, abjurá su doloroso error. Pronto una corta temestad nos llevará á todos al puerto. ¿Quieres, ó quieres? ¿dudas? pues perece en tu suerte.

En ademan de irse.

Dios.

n. Espera...

ll. No espero, ni un momento: á Dios.

n. Vuelve... convengo, amigo: quiero ser dig- de tu fina amistad. Cueste lo que cueste. Válgame Dios! Conozco que es tiempo de emcar el rigor. Debo este holocausto terrible al siego de mi casa; al amigo que se digna hacer chosa á mi hija.... vamos... estoy resuelto... hoy ismo será.

Con firmeza.

ll. ¡Dios quiera que la razon labre y dome esa ısion!

n. Te lo juro.

ll. Pues sé consiguiente. Entónces, si Clemen- me quiere, soy su esposo: me tendré por fe-

liz de haber hecho tu dicha y la suya; nada exîjo; nada mas exâmino.

SCENA V.

Los dichos y Don Narciso.

Apresurado.

Narc. Dudaba que vms. estuviesen aquí: me ale

Guill. ¡Qué pálido vienes!

Narc. ¡Es que tiemblo! ¡Sí, señor! ¡tiemblo!.

Guill. Y bien: acaba.

Narc. Ante todas cosas quisiera mi perdon.

Con viveza.

Guill. ¿Dé qué? prosigue... pronto.

Narc. De la libertad que me he tomado en casa de vm. con Doña Anselma, quando no estaba en ella, la qual lo exîgió con un absolto, y ha sido preciso.

Guill. ¿No hay mas? Anda... Ya estás pe nado...

Riéndose.

¿A quién ha encontrado ella en mi casa?

Narc. A nadie, por fortuna; pero todo lo ha vuelto por escudriñar.

a. ¡Qué horrible conducta!

r. En fin, cansada de buscar, dice: ¡Pues! ya n escapado... Ven conmigo, me acompañarás ni casa; tendrás el premio que merece tu buen lo: y yo acabo de dexarla en su casa.

a. Vaya que su manía la ha vuelto loca: pe- llevémos á Clemencia á tu casa, á lo ménos r hoy; que es probable no vuelva mi muger.

l. ¿Quién, ella? es muy probable que vuelva s no importa... vamos allá: que venga á ver- : voy á prepararme para recibirla.

a. Lo que siento es que el retrato en nada di- re... ¡Estoy impaciente! ya quisiera estar en casa.

l. Yo tambien quisiera: que entren aquí.

r. Ya vienen; aquí están.

SCENA VI.

os dichos, Eugenia, Clemencia, Justina, Gervasio y Jacinto.

a. Amigo Gervasio, agradezco tus cuidados; llevo á Clemencia.

Aparte.

Ya respiro.

Gerv. ¡Señor! ya sabe vm. que puede dispone

A Clemencia.

Juan. Ven, Clemencia...

A Eugenia.

Síguenos, hija mia.

Todos los actores toman el camino de la pu unos para irse, otros para despedirlos, y quedan en escena muda, conturbados du una pausa; y sale Doña Anselma.

Aparte.

Narc. ¡Estamos perdidos!

Aparte.

Juan. ¡Tiemblo!

Ans. ¿A dónde llevas esa ninfa? Este objeto de atractivos, es sin duda el que habias ju que yo no vería...

Toma á Clemencia de la mano.

No se asuste vm., señorita... Venga vm. ac

Aparte.

No me han engañado... es una deidad en ef

Eug. ¿No es verdad, madre mia?

Ans. Vaya que mi marido tiene buena elec ¡qué ojos tan peregrinos! en fin, perfecta en

Con exclamacion moderada.

Mas qué miro! ¡yo conozco esta cara! ¡es po-
ɔle! Acérquese vm., hija mia... ¡Ay Dios!

rte miéntras su muger confronta á Clemencia con el retratc.

ɪ. ¡Quién hubiera podido precaver este suce-
aciago!

Me acuerdo que me dixiste: ese retrato, hijo
la idéa y del capricho, no tiene original en el
iverso entero. Ahí tienes: júzgate á tí mismo.
te es el digno objeto que arrancaba tus sus-
os: objeto de tus delinqüentes deseos.

eñalando á Don Guillelmo y Gervasio.

. ahí tienes tu crímen, y aquí tus cómplices.

l. Señora, muchas gracias.

Díme: ¿dónde habrá cadahalso que pueda cas-
arte, y cuya crueldad iguale á tu infamia y
la fé? Y vosotros, tiernos amigos, protecto-
de sus vicios, ¿qué mereceis? Hablad...

l. Yo, á quien no han hecho nunca mella tus
stos denuestos, digo, que con nada se me po-
a pagar el importante servicio que iba á hacer-
No digo mas: pero no me mezcléis en vues-
s quimeras domésticas.

Ans. ¿Pues quién las causa todas, sino vm. vm. que...

Guill. Espero no te olvidarás ahora, ni nunc que un tutor es un padre; y que yo lo fuí

Ans. Tiene vm. razon. Llene vm. de angusti casa: calumnie vm. á su muger con mi espos bil: emponzoñe su alma con malos consejos vm. siempre su mentor, y mi persecucion.. sido vm. mi tutor, y es fuerza aguantar.

A Don Narciso.

¡Pero tú! ¿cómo tienes valor de ayudar enemigos? ¡Quién me lo hubiera dicho! ¿n piedad tendrás de mi hija, quando léjos d timarte de las desgracias de su madre, sirve vilmente á los autores de mi dolor amargo dos pensabais que estaba ahora en mi casa: la mortal conturbacion que se apoderó de n ma, dixo á mi corazon: *no te engañas...* dices? ¿No te confundes? ¿No te traga la t

Con dignidad.

Narc. No, señora... Quando vm. está ya po respondida, debo yo callar: arrebáteme v único bien de mi corazon: llene vm. mi vi amargura; pero ninguno creerá que yo la he

ido en el momento feliz en que iba á obtener
que mas adoro.

Bien está: pero no cuentes con la mano de
ugenia.

A Don Narciso.

¡Buenos estamos! Tú haces mal, y yo lo
go.

Narciso, Don Juan, y Don Guillelmo la prometen por señas que no será así.

A Gervasio.

¡Y tú, viejo taimado! ¡traidor! ¿has consen-
lo en prestar tu casa?

¿Tambien me acusa vm.?

Sí: mas que á otro. ¡Ya conozco quien eres!
uen papel! El amo y el criado se entienden:
ué servicios tan dignos de un hombre de bien!

Señora... ¿con qué derecho puede vm. lle-
me de oprobio y de ignominia?...

A Don Juan.

y señor! muy caros son los beneficios de vm.,
os he de pagar á tanta costa. Dos veces en un
mo dia, la señora nos ha cogido para víctimas
su injusta rabia. Basta.. Ven, hija mia, ven á
ilquier parte con tu padre: á una cueva: vi-

vamos siempre pobres, pero honrados.

Ans. Viejo sentencioso é imprudente, ¿quieres esa mónita desmentir la evidencia? ¿quieres mientan mis ojos? Y por último, ¿no he co el fraude en tu casa?

Gerv. ¿Y no puede estar esta señorita en mi sin delito?

Clem. Señora, no haga vm. mayor la desgracia me oprime. He dexado el lugar de mi nacim to donde pasaba mi triste vida, por venir á plorar socorros generosos, y en vez de cari encuentro...

Ans. ¿Pues quién es vm.?

Clem. Señora, lo ignoro... Lo que sé de mi in ta suerte es, que ha sido ménos rigorosa po cuidados del señor Don Juan.

Ans. ¡Qué edad tiene vm.?

Clem. Diez y ocho años.

Ans. ¿Cómo se llama vm.?

Clem. Clemencia... Yo esperaba mi dicha, y que mis desgracias comienzan de nuevo: apénas he llegado á ver á mi protector, veo traigo la discordia á su casa.

A su marido.

. ¿Con que hace diez y ocho años que cuidas
: esa niña?

Con sequedad.

n. Sí...

. ¿Sin duda conocerás su familia?

n. Sí...

. ¿No puedo saber quién es?

n. No.

. ¿Tal secreto?...

n. No es mio el secreto.

. Eres muy prudente.

n. Debo serlo á lo ménos.

. ¿Pues de quién es ese misterio tan grande?

n. De Clemencia sola.

i. ¡Señor! ¿por qué lo calla vm.?... Si esto pue-
: serenar...

Con dulzura.

n. ¡Calla, inocente!

Si Clemencia lo quiere decir, ¿qué repare
:nes?

n. La razon lo prohibe.

¿Qué suerte destinas á esta señorita?

n. La suerte mas feliz y mas digna de ella.

Con cachaza.

Ans. ¿Pues por qué no la llevas á casa? ¿ó ese
tido está tambien prohibido por la razon?

Juan. Es imposible.

Ans. ¿Es imposible?... ¡Ah! ¡traidor!

Con viveza y depriesa.

Mira como te he sabido traer al punto de
tú querias huir: así das á conocer el proy
odioso de tu corazon corrompido: no, no
biéras podido executarlo en mi casa: todos
bierais tenido miedo á mi prespicaz vista,
mi justa venganza. En efecto, era mas cóm
y mas seguro buscar en Madrid un asilo p
conocido, que á lo ménos por largo tiempo
ocultase tu incauta víctima. Es muy sensible
ra tí, que la casualidad me envie á tiempo
desbaratar tus planes, y quebrar el hilo de
novela.

A Clemencia.

Pero sin recibir á vm. en el seno de mi fam
no dexaré de prestarla el mayor cuidado.

Juan. ¡Qué dices!

Ans. Te digo, que ántes de poco tiempo te a
bato el objeto de tu delinqüente fuego:
para proporcionarla una cárcel, vendrá la ley

ıi socorro: no: no la salvarás de la vista vigi-
ınte de la justicia: y quando tu heroína haya
enido la suerte que merece, pediré que se di-
ıelvan los lazos que me unen á tu persona.

n. ¡Dios mio! ¿Me tenias destinadas estas
frentas?

ın. ¿Amenazas perder á esa infeliz? Pues mira:
se proyecto, hijo de un corazon de hiel, no
uede tener execucion.

Á Clemencia.

Ten Clemencia, no temas que nadie te arranque
e mis brazos. Nadie sabrá por ahora el nombre
e tu familia, y quando yo quiera que se sepa,
s mayores enemigos cederán delante de tí...
Y qué? ¿hemos de acudir á un tribunal para
pararnos? Mi corazon quiere sin remedio el di-
ırcio; por ese feliz divorcio suspiro sin que la
y me fuerce: pero si uno de nosotros dos tiene
erecho á implorar el auxîlio del Magistrado pa-
desatar un lazo, que ha sido el azote de mis
as, soy yo solo el que le tengo, y no la zelo-
furia que pagó mis beneficios con tanta barba-
e... ¡Qué horrendo espectáculo se ofrece á mi
sta en este lugar! Todos los corazones despe-
ızados; todos los ojos bañados en lágrimas: los

parientes, los amigos, los criados, y el amo la casa en rededor tuyo: ¡cruel! no hay un viviente, que no haya experimentado los go de tu furor... Solo te quedaba un amigo: ese tu esposo: mas quién en el mundo de nadie piedad, merece al fin que el mundo la a done. No hay remedio: está hecho: no te ses mas en convertirme de esta firme resolu Ya te acordarás que te lo dixe.

Echando á llorar.

Eug. Madre de mi corazon; ¿qué hace vm.?

A Eugenia.

Juan. Ven, hija mia, y sigue á tu padre.

Aparte á Don Juan.

Guill. Bueno... Vámonos al instante, si qu que esta crisis obre.

a Juan, yéndose con Clemencia y los demas, uelve con sensibilidad hácia su muger. Don illelmo le obliga á irse pronto. Doña Anselno tiene al rededor de sí mas que á Gervasio, tina y Jacinto, que quedan como admirados. a misma absorta, y guardando un profundo ncio, se queda algun tiempo con los brazos :ados, y la cabeza inclinada sobre el pecho ierdo: despues levanta la cabeza, vuelve con uidez los ojos hácia el cielo, dexa descan- la frente sobre sus dos manos juntas, y sale, sos lentos, sin decir palabra; pero denotando en su accion la mayor desesperacion.

rvasio, Justina, y Jacinto vanse con ella.

ACTO QUINTO.

La escena es en casa de Don Guillelmo. teatro representa un salon con su gabinete, diferentes puertas laterales, que caen al i rior como al exterior de la casa. A la izqui del espectáculo hay una gran mesa en form escritorio, con dos velas encendidas y recad escribir. Don Guillelmo está sentado á la n en una silla poltrona, con la pluma en la m Don Juan sentado en otra silla enfrente, en actitud dolorosa, con una mano sobre la fre y la otra mano entre las dos de Don Narcis qual está de pie cerca de él. Eugenia, no de allí, y al mismo lado, con Clemencia, á q consuela. Tal es el espectáculo, que debe ofre la escena al levantarse el telon.

SCENA PRIMERA.

Don Guillelmo, Don Juan, Don Narciso, genia y Clemencia en las actitudes dichas

Guill. Vamos: ¿quieres guardar un eterno lencio?

in. ¡Ay! que mi corazon está despedazado...
lo, no escribas; no puedo consentirlo.

ill. ¿Cómo te desmientes tan pronto? Si yo
ubiera creído que á tu valor habia de seguir
mas pequeña sombra de semejante repugnan-
a, y que yo el mas fervoroso, el mejor de
is amigos me habia de hallar comprometido
lmente, puedes estar seguro que léjos de com-
adecer tu suerte, te hubiera abandonado á ella
n lástima.

n. ¡Amigo tierno y cruel! me arrancas el al-
a. Tú no conoces el corazon de mi esposa:
penetras que sola y sin socorro, es capaz...
ly Dios! de quitarse la vida.

Con emocion.

c. Yo iré, si vm. quiere.

Con aspereza.

ll. No es menester.

Llorando.

. No, no; yo iré.

ll. ¡Otro emisario! Vosotros sois unos niños:
rad en buen hora; pero apartaos de aquí....
Temes, Don Juan, que se quite la vida?...
demás de que su delirio no es de esa clase:
no conoces que su conducta tiene por objeto

el vivir, y el vivir á su antojo? En fin, yo
que este es el único remedio de componerlo
do... ¿Y qué has hecho hasta aquí? meter
do: ¿no es eso? ¿Y qué es el ruido?.... na
Mira: si su alma está intimidada, has de s
que un paso mas decisivo, aumentando su
mor, va á volverte para siempre tus dere
usurpados, y tu reposo.

Juan. Lo que me mata, Don Guillelmo, es
aunque por apariencia, ella tiene razon.

Con ironía.

Guill. Sin duda; y el universo entero creerá
has traído de Ciudad Real el objeto de
amores.

Juan. No por cierto; pero nosotros debémos
cubrirle.

Guill. No es tiempo. ¿Quieres destruir lo
que ha hecho por tí mi ciega amistad?
mira... vé... corre á implorar la piedad de tu
na: dila de rodillas... Soy un estúpido, que
ne su cabeza baxo el yugo mas servil: he na
para arrastrar por la tierra: he podido por
instante escaparme de los grillos; pero con
que no soy capaz de tan noble esfuerzo:
consejos de mi generoso amigo me iban á h

eliz; pero yo lo abandono á tu ódio implacable: castiga á Don Guillelmo; dame mis cadenas... Anda, Don Juan, haz así las paces.

Llorando.

an. Basta, amigo, no me quites la vida.

ill. ¿No sabes que esos lloros son armas débiles de mugeres y de niños?... Sé hombre.

an. ¡Ah! No me avergüenzo de estas lágrimas que tú has sabido sacar á un corazon sensible, onduciéndole á la verdad amarga... ¡Escribe!

ill. Vamos allá.

Con inquietud.

an. ¡Amigo!

ill. ¿Qué es eso?

Dudando.

an. Mira que la carta... no sea dura.

Acalorado.

ill. ¡Habrá necedad! ¿Me quieres dexar que scriba con mi estilo?

an. Perdona, pues.

Don Guillelmo se pone á escribir.

Dudando despues de una pausa.

No la amenazarás de un abandono absoluto: no?

Guill. ¡Maldita sea mi fortuna!

Muy impaciente.

¿Quieres dictar la carta? ¿Dí?

Juan. No: pero acuérdala solamente que yo amo: que se haga cargo... y que...

En cólera.

Guill. ¿Quándo acabas de hablar?

Juan. Todo te lo he dicho.

Poniéndose á escribir.

Guill. ¡Albricias!.... Viva la virtud.... Ya e hecho.

Juan. ¡Bueno! Veamos.

Guill. ¿El qué?

Juan. ¿No vas á leer?

Doblando la carta, y poniéndola el sobre.

Guill. No por cierto... ¿Acaso es para tí?

Juan. No: pero...

Guill. Es para tu muger; y no debes ver lo q ella tiene que saber primero que tú... ¡Narcis Llama á un criado, que lleve esta carta... ¡A ¡bueno! Aquí está Gervasio, que la llevará.

SCENA II.

Los dichos y Gervasio.

v. Con mucho gusto, señor.

m. ¡Cómo! has podido dexar á tu ama sola, y n el lastimoso estado...

v. No, señor, sola no: que Jacinto y Justina an ido de suyo á su casa... Fie vm. del zelo e ambos.

Con un profundo suspiro.

m. ¡Ay! ¡me consuelas! ¿Qué ha dicho?... ¿Si abrá prorrumpido como acostumbra?

v. No señor... ninguna rabia: ántes al conario, mucho abatimiento; un silencio profuno: los ojos se le arrasaban de agua, los levanıba al cielo, y...

ll. Eso nada importa... Toma esa carta... es ara tu ama: atiende, que urge mucho.

Tomando la carta.

v. Voy al punto.

ll. Espera... Cuidado no le digas que aquí está ı amo. Si te pregunta por él, dila que estoy o solo, y que no lo sabes... Si no lo haces así, pierdes, y pierdes á Don Juan.

Gerv. Descuide vm.

Guill. Vé pronto, y vuelve al instante.

Vase Gervasio.

SCENA III.

Los dichos, ménos Gervasio.

Guill. Esto se ha hecho ya demasiado sério. T dos conturbados, gimiendo cada uno por su p te: sí señores; he de acabar con este infie ántes de una hora: pero silencio, y que ningu desbarate mi plan.

Eug. ¿Yo? enhorabuena: con tal que se me vuel á mi madre, yo callaré.

Clem. ¡Y yo! ¡pobre de mí! ¡que soy para v tan peligrosa, mi querido protector! ¿Obtend un beneficio de su corazon?... El último... lo p do de rodillas.

Juan. Levanta, Clemencia, y habla sin temor.

Clem. ¡Ay señor! Yo no creí que mi venida p diese traer á vm. la desgracia que me acompañ Apénas llego, quando es vm. perseguido. E toy expuesta al mas insufrible bochorno: la i justicia nos supone de acuerdo en un delito ho roroso: ¡yo me creía bien agena de suscitar z

›s injustos! He podido aguantar la afrenta, por-
ue mi alma está inocente. Pero confieso que el
eligro me espanta, que la horrible cárcel con
ue se me amenaza, ha helado mi corazon.

Enternecido.

m. ¿Crees que yo te he de abandonar?

ı. No creo tal: pero no aflija vm. á nadie.
ilveme vm. del horror de un encierro; y ábra-
para mí solamente una de esas santas mora-
is, donde reyna con la virtud la paz y la ino-
ncia. Muchos derechos tiene vm. á mi grati-
d: pero si obtengo esta gracia de ese corazon
mpasivo, será para mí la mas grande. ¡Digno
otector! perfeccione vm. su obra: contente á
esposa: líbreme del ultrage; y acabe vm. las
spechas crueles, encadenando esta mano á los
tares.

Muy conmovido.

n. ¡No, no!... Nunca.

Llorando.

. El claustro sea mi único asilo, pues del mun-
entero mi nacimiento me destierra.

Con dolor.

n. ¡Tu nacimiento!... ¿qué dices?

Enternecida.

Clem. Disimule vm.... No hablaré mas de esc
Hasta ahora he hecho vanos esfuerzos para c
nocer el autor que me ha dado la vida. To
callan... ya he perdido la esperanza de sabe
sepúlteme vm. en qualquier lugar humilde, d
de sin que nadie me vea, llore yo para siem
la hora en que ví la luz: y si vm. conoce q
me ha dado el sér, conduzca á esta infeliz á
pies de su ignorado padre; y si mi castigo e
de vivir para padecer, tengo yo al ménos
consuelo de padecer, sí; pero con la consola
ra bendicion de un padre...

Á Don Guillelmo.

Juan. ¡Ay Dios! se me salta el corazon há
ella... Voy á declararme.

Guill. ¡Por qué te violentas! ¡qué temes! ¿H
un interés mas grande? Obedece á tu cora
llámala como debes.

Juan. Tienes razon: este es el momento mas
liz de mi vida. Vuela, Clemencia, á los bra
de tu padre.

Clem. ¡Qué oigo!

Juan. ¡Objeto de tantas inquietudes! ¡Tú pe

padre! aquí lo tienes... Recibe el amoroso
ombre que mereces.

a. ¿Soy de vm. hija?

n. Sí, mi pobre Clemencia. Sí: tu padre es
ien te abraza... tú haces hoy mi dicha.

a. Padre de mi corazon: la mia está ya ase-
rada para siempre.

Con el mayor abandono.

Dios mio! perdóname... Yo habia desconfiado
tu providencia.

a. ¡Ay Clemencia mia! ya eras desgraciada
tes de nacer. La ley dura de la necesidad me
zó á separarte de mí diez y ocho años ente-
. Confiada, al nacer, á los cuidados de una
traña, no has sabido lo que son las caricias de
padre. ¡Hija mia! tu suerte ha sido dolorosa
r mucho tiempo; pero cree que mas he pa-
cido yo. Tu madre, apreciable objeto de mis
meros amores, perdió la vida dándotela á tí.
me uní luego á una segunda esposa; y por
modarme á su genial zeloso, cubrí tu exîs-
cia con un impenetrable velo. Figúrate, si
des, lo que he padecido: pero ya cesan tus
es y los mios. Hija mia, bien ha pagado mi

dulzura su tributo al amor: es justo que la naturaleza recobre sus derechos.

Clem. Mi corazon bien me dice, que en efe hay ese grito de la naturaleza, ese secreto i tinto, que pronto á inflamarse nos indica el jeto de nuestro cariño. Rica con los benefi de vm., en el seno de mi soledad, ignoraba motivos; pero una secreta voz que en vano re saba oir, me preguntaba continuamente: ¿si deberás á quien te dió el sér?

Eug. ¡Es muy singular eso!

A Clemencia.

Luego que te ví, Clemencia, tu misma voz fué tan agradable, y tocó tanto en mi coraz que no te pude abrazar sino como á hermana.

Clem. Los lazos mas sagrados nos unen: un b padre, una tierna hermana. ¿Pero tendrémos consuelo de vivir juntos? La acogida de una posa delicada me hace temblar... Ocúlteme á sus zelosas miradas, por no verla armada c tra el hombre mas bueno á quien debo mi vid

Juan. No aflijas mas á tu padre... Tu dicha en mi mano.... Un hombre lleno de honor virtud...

Guill. Todos deben ser así.

n. Digno dueño de una pingüe hacienda...

ll. Con mas de lo que necesita para vivir; ro cuyo sobrante es para los que no tienen da.

n. Que está en el vigor de su edad, lleno de ud.

l. Porque ha sabido vivir.

n. Seco, y severo.

l. Duro muchas veces.

n. Sí; pero con corazon sensible y puro.

. ¿Le conozco yo?

En voz baxa á Don Guillelmo.

n. Ahora habla tú.

l. Señorita: ese hombre ha visto á vm., y se prendado de su mérito por sus desgracias: mi igo ha hecho de él un retrato muy favora-; pero yo voy á decirla con exâctitud lo que so. Ese hombre de que se trata, es muy nco: tendrá para su esposa mil defectos enor-s, porque siempre desdeñó las etiquetas y culeces de la corte: es grave, nunca adula, a de buena fé: el primero de sus gustos es le andar solo y libre, y por eso no se casó ıca, ni se casaría á no haber conocido á vm.:

mas cuidado, que la dará su mano sin mu
de sistema; pero á lo ménos no será zeloso.

Clem. El retrato que vm. me hace de ese suge
me dispone mucho en su favor; y por lo que
dicho mi padre, conozco que es y será su m
amigo.

Juan. No te engañas; es mi querido Don G
llelmo.

Clem. Mi corazon acostumbrado desde la cun
obedecer, tambien ahora obedecerá gustoso.

Con alegría.

Juan. Ya lo oyes, amigo.

Á Don Juan.

Guill. No sé qué responder.

A Clemencia.

La bondad de vm. me confunde...

Con viveza.

Vamos, yo no entiendo esas gergas almivara
de otros: pero digo á vm., que me creo feliz
su mano.

Recibiendo su mano.

Clem. Acepto tan buen vaticinio...

Eug. ¡Qué alegría! Tú serás á un tiempo mi tia
mi hermana. Mira, pues, aquí tienes á tu sob
no, que será mi marido.

ill. Ya sabes, Narciso, quánto te he querido iempre: tu fortuna corre de mi cuenta.

rc. Mucha fortuna era ya para mí su amistad. La felicidad espera á vm. en el mas solemne e los vínculos, y en lugar de una fortuna ahora engo dos.

g. ¡Piensas bien, amigo mio! Siento que mi mor sea ménos de lo que tú mereces.

SCENA IV.

Los dichos y Gervasio.

Llega cansado y confuso.

v. ¡Ay señor! ¿qué ha escrito vm. á mi ama?

ill. Lo que debia.

v. Para llenar su corazon de amargura. ¡Si n. supiese qué pesadumbre tiene! ¡en qué esdo!...

n. Dí... ¿qué te ha respondido?

v. ¿Quién responde quando se abandona al olor? ¡Se separa para siempre! dixo: ya no engo en el mundo nada... ha echado á llorar á ares.

ll. ¿Ha llorado? mejor.

Juan. ¿Y la has dexado así?

Gerv. Quasi sin sentido.

Juan. ¡Ay Dios mio!

Gerv. Vaya vm., señor. Mire vm. que si dura ausencia, se muere sin remedio.

En ademan de irse.

Juan. Vamos corriendo.

Guill. ¡Detente! No te apresures, que no tard un instante en venir aquí.

Gerv. Si se está muriendo.

Guill. No hay que temer: ella vendrá.

SCENA V.

Los dichos y Jacinto corriendo.

Jac. ¡Ay señor! ¿Quiere vm. ver á mi ama, ó n

Juan. ¡Qué oigo! ¿Se muere?

Jac. No, señor: si viene detras de mí; Justina acompaña: pero yo me he adelantado á decir por si convenía.

Guill. No perdamos tiempo. Esta es la hora pr ciosa que ha de vencer su corazon inflexîble: momento se necesita para sanarla. Vengan vm á este lugar. Don Juan, calla: respeta lo que hable, no pienses mas que en el efecto que d

es esperar: si dices una palabra, destruyes tu elicidad para siempre.

Se dan la mano.

in. Te doy palabra de honor.

ill. Estoy contento... Silencio.

Todos entran en el gabinete.

SCENA VI.

n Guillelmo un momento solo: despues salen oña Anselma y Justina: los demas permanecen en el gabinete.

Poniéndose á la mesa del escritorio.

ll. Vamos: tomémos aliento, y perfeccioné.os esta obra con la prudencia debida. Unamos piedad á la severa razon, y conservémos el nor, sirviendo á la amistad.

on una carta en la mano muy conmovida.

¡Ay señor! ¿Ha podido permitir el corazon e vm. el que se trace y efectúe la órden horrosa que contiene esta carta?...

Lee.

Tu marido te pide, que me envies todo lo que

„es suyo, puesto que no volverá jamas á viv
„en una casa y en un pueblo, que tú le fue
„zas á que abandone para siempre."

Representa.

¿Ha dictado mi esposo este decreto fulminan

Guill. Nada tiene de admirar ese decreto. Tu poso busca su bien, y á tí te toca obede quando la piedad lo manda.

Ans. ¿Con que quiere, sin remedio, separa de mí?

Guill. No quiere andar por justicia, imploran en público tribunal la proteccion de la ley c que tú le has amenazado, y sin lo qual nun hubiera renunciado á tu persona: ¡y qué habl de decreto!... Si tú misma lo has pronunciad ¿de qué te quejas?

Ans. Mi delito es perdonable; y yo con nadie de pegar sino con vm., si mi marido me aba dona.

Con viveza.

¡Señor! pronto: ¿me dice vm. dónde está D Juan?

Guill. Búscalo por mi casa: no será la prime vez que la has visitado toda.

Amargamente.

. Yo no tenia la culpa.

ll. Y mucha culpa... Esa es una accion que
nida á tus inaguantables sospechas, hirió mi ho-
or: pero dexémos esto... Ahora crees, que si
o está en mi casa, á lo ménos yo sabré....

Con autoridad, y siempre muy conmovida.

. Si no lo sabe vm., ¿quién lo sabrá? ¡pronto!
enga mi esposo.

ll. Ya te entiendo: quieres decir: venga mi víc-
na... pues no... ha tomado ya el partido que
be: todo esclavo tiene derecho á recobrar su
ertad: tu marido es libre... Acuérdate de diez
seis años que ha vivido en el funesto estado en
e le hemos visto todos, en que respetando los
llos forjados por su amigo, ha sido mártir, sin
cir palabra: haz tú ahora lo mismo: compensa
s presentes males con sus pasados suplicios, su-
con resignacion; y dí solamente: bien lo he
recido.

En el colmo de la desesperacion.

¡Sufrir con resignacion! ¡Ay! Estoy fuera de
. ¡Señor Don Guillelmo! si vm. piensa en fa-

vorecer á mi enemiga, mejor para mí: mil ap yos generosos apadrinarán mi justicia. Milla de esposas acudirán al tribunal de la ley, y l vantarán el grito en favor de la esposa oprimi están interesadas en mi suerte todas las famil yo tendré á mi favor las hijas y las madres: seréis confundidos...

Con viveza.

Just. ¡Señora, por Dios! Sosiéguese vm. No tr vm. esos ánimos.

Guill. Mas valiera... Esa soberbia me quita pa siempre la esperanza de que te enmiendes. R nuncia á Don Juan para siempre... No le ver mas en tu vida.

Ans. ¡Ay cielos!...

Con grito.

Don Guillelmo, por Dios que no me dé vm. m que sentir. Bien dice Justina, que mi ánimo er otro. Sí, mi ánimo era acabar de abjurar mi loc manía... No sé qué me ha vuelto á enfurecer Don Guillelmo: en vez de una muger extraviad y orgullosa, lleve vm. á los pies de su marido esta esposa rendida, enamorada y humilde, qu le pedirá un perdon generoso. ¿Cómo he d

landar su justa íra, ¡ay de mí! sino ha de ver-
e, ni oirme mas?

l. Tu corazon es para tí misma un enigma in-
mprehensible: mas no es de admirar, pues tal
la suerte de los zelosos, que tan pronto aman,
mo aborrecen. Ahora Don Juan que te cono-
, ¿creerá que en un momento has mudado de
nducta para siempre?

Sin duda no lo creerá... pero señor, que ha-
la prueba todo el tiempo que quiera: mis in-
cretas sospechas no envenenarán mas sus dias
los mios. Guarde enhorabuena el secreto de
emencia: nada le preguntaré jamás, con tal
e se apacigüe. Si falto á mis juramentos, si mi
azon llega á desmentirse un dia, que me aban-
ne entónces... no me quejaré mas.

l. Buenos son esos remordimientos: ¿pero no
es quál es la mayor de tus culpas?

Con asombro.

¿Quál es?

. Esa forastera, tan hermosa como prudente,
ultrajada por tí á nuestra presencia, que pa-
los primeros diez y ocho años de su vida en
dad Real: que nunca debió estár léjos de su

vista: que hasta aquí ignoró quiénes la diéron sér, ¿sabes tú quién es?

Ans. ¡Don Guillelmo! me estremezco.

Guill. Pues es su hija.

Ans. ¡Su hija!

Guill. Sí: fruto de su primer matrimonio.

Ans. ¡Ya era viudo y padre, y yo lo ignoraba

Guill. Sí: ántes de conocerte, fué esposo de o ¿Y si te lo hubiera dicho, le habrias dado mano? Ahora calcúla lo que por tí ha sufri fué desgraciado padre, y desgraciado esposo: v tima entregada á tu inaguantable tiranía. Su h ha estado diez y ocho años desterrada: una sualidad la trae: teme con razon, que de momento á otro aparezca en tu casa. Repa igualmente su discreta ternura entre tí y el la busca, léjos de tus furores, un asilo hone to: tu genio suspicaz la descubre: al instan la preparas una obscura cárcel... Anda, anda m ger injusta: acude á los tribunales... anda; pe sabe que su cárcel está aquí... Clemencia es esposa.

Abatida y muy confusa.

Ans. ¡Clemencia! ¡es su hija! ¡y esposa de vn ¡Ay de mi! ¡qué objeto de exêcracion no de

ser á sus ojos! Ya pierdo las esperanzas: ni
mi vida puedo pagar mi delito: bien mere-
tengo su entero abandono: conozco que ni
me asiste derecho para implorar la miseri-
dia: pierdo toda esperanza: todo lo pierdo...
plase mi fatal destino... voy por siempre á
ar al retiro y á la obscuridad...

En ademan de irse.

no soy digna....

Desde dentro, con un grito de ternura.

¡Basta, basta!

e iba tristemente, vuelve sobre sus pasos con ímpetu.

Ay Dios mio! él es: esa es su voz... ¡Es-
! ¡que yo te vea, aunque sea por la última
!

uillelmo abre el gabinete, sale Don Juan, muger se precipita á sus pies, y le dice:

! Esposo, quítame esta vida.

La levanta.

No á mis pies, y sí en mis brazos debe des-
ar mi esposa: levanta.

Ans. ¡Dulce esposo!

Abraza á Clemencia.

Perdóname te pido... ¡Yo iba á perseguir la tud de esta inocente, y añadir la infamia á desgracias!

Juan. Cesen tus pesares... Sosiégate, amiga.

Ans. No: jamas podré purgar tantos excesos d locura.

Juan. Todos están olvidados, si tú quieres ser liz: todos nuestros corazones están unido yo vengado.

Ans. ¡Amado esposo! aquí tienes esta esposa regida: esta esposa enamorada de tí, que en ciego furor sembró por tantos años la disco y el espanto en su familia: esta muger qu ha experimentado mas venganza que benign é indulgencia... ¡Ah!... si esta terrible leccion enmienda mi conducta, mereceré tu rigor: ab dóname entónces para siempre.

Juan. Me haces dichoso... Tú lo serás con la co tancia de tus promesas... Y á tí el mas prud te, y el mejor de los amigos, ¡quánto te deb

Guill. Te lo ofrecí. Tu muger gana un triunfo a pronto sobre su corazon... pero seguro, y debémos creerlo.

Creedlo... En este dia me he visto en riesgo
que me abandonára para siempre la natura-
y el amor: baste...

A Clemencia.

ú, ven, ven; dígnate ser hija de esta tierna
dre.

Abrazándola.

¡Ay madre! ¡ay padre! Yo olvido los pesa-
que me han afligido toda mi vida, al verlos
mpensados con tan insignes beneficios.

oma la mano de su marido, y dice
á Don Guillelmo.

Aquí tiene vm. su obra...

o á Don Guillelmo la mano de Clemencia.

quí su digna recompensa.

despues la mano de Eugenia, que da
á Don Narciso diciéndole:

ciso: hé aquí tu premio.
¡Qué contento! ¡Cielos!
í; quien piensa como tú, no es virtuoso á
as: quando yo te instaba porque vendieras
amigo, mas quisiste perder á tu adorada

Eugenia... Sí, únete á ella con el lazo mas
lemne.

A Eugenia.

Y tú, hija mia, amándole, estima á tu es
acuérdate de tu madre, y maldice conmig
infernales zelos.

Eug. ¡Querida madre! ¡quánto debo á vm.!
si sus zelos se hallan corregidos, no son
se dice, un mal incurable.

A Don Narciso.

Y si los tengo... ya ves... me enmendaré.

Juan. Basta... Mis hijas y sus esposos vivirán
migo: hagan el amor y la amistad la unio
dos familias.

A su muger.

¡Y tú!... ¡tú! cuyo corazon está ya conve
para siempre: ¡alma querida! dí por experi
á todos los que te están oyendo: no hay
en el matrimonio si falta el amor y la confi

F I N.